

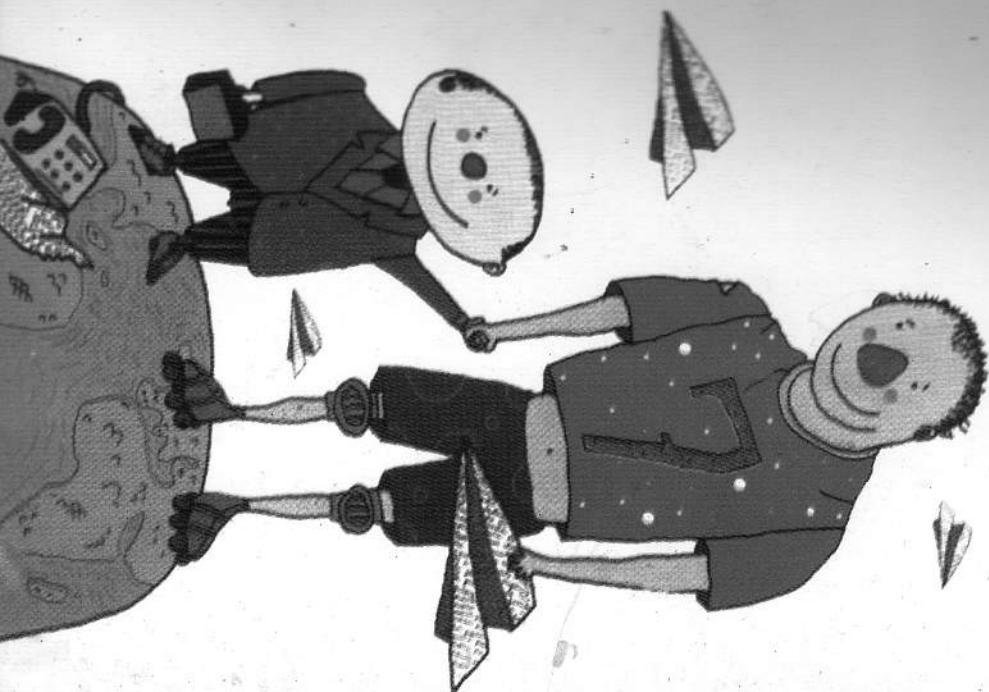
EL BARCO

DE VAPOR



Hera Lind

# Papá por un día



114

Papá por un día

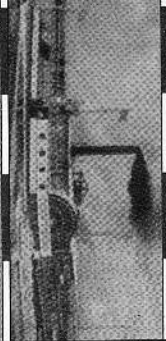
Hera Lind

sm

10ª EDICIÓN

sm

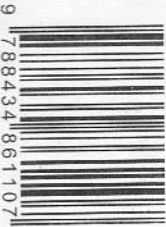
114  
Hera Lind  
PAPÁ POR UN DÍA



LA IMAGEN DE PAPÁ Y DE FRIDOLIN QUE SE REPLEJABA EN EL ESPEJO ERA LA MISMA DE TODAS LAS MAÑANAS: ESPUMA DE DENTÍFRICO, ESPUMA DE AFEITAM Y PELOS REVUELTOS, JUSTO EN ESE MOMENTO, PAPÁ SOLTÓ UN VERDADERO DISPARATE: "TÚ SI QUE TIENES SUERTE, YA ME GUSTARÍA A MI VOLVER A TENER OCHO AÑOS". FRIDOLIN NO ESTABA DE HUMOR PARA ESTE TIPO DE BROMAS Y SIN EMBARGO...

LA ALEMANA HERA LIND ES CANTANTE Y RECONOCIDA AUTORA DE LIBROS PARA ADULTOS. ESTA DIVERTIDÍSIMA NOVELA ES LA PRIMERA OBRA QUE ESCRIBE PARA NIÑOS.  
**A PARTIR DE 9 AÑOS**

2 5 3 7



ISBN 84-348-6110-0

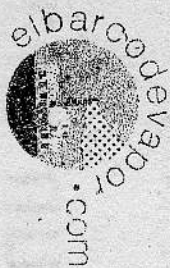
9 788434 861107

EL BARCO  
  
DE VAPOR

# Papá por un día

Hera Lind





Primera edición: septiembre 1998  
Decimosexta edición: febrero 2008

Dirección editorial: Elsa Aguiar  
Traducción del alemán: Esther Sánchez  
Cubierta e ilustraciones: Manuel Barbero

Título original: *Der Tag an dem ich Papa war*  
© del texto: Fischer Taschenbuch Verlag GmbH, Frankfurt  
am Main, 1997

© Ediciones SM, 1998  
Impresores: 2  
Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 12 13 23  
Fax: 902 24 12 22  
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-348-6110-7  
Deposito legal: M-55606-2007  
Impreso en España / Printed in Spain  
Cobergraf Industrias Gráficas, S.L. - 28977 Casarrubuelos (Madrid)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 170 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de las citadas derechos.

La puerta del cuarto de baño se cerró de golpe. Fridolin se despertó. Qué pena que ya se hubiera acabado ese sueño tan bonito en el que se deslizaba con sus patines en línea por la valla de la gasolinera. Fridolin, que llevaba una gorra chulísima, se había subido a la valla con toda la soltura del mundo y había recorrido por lo menos cinco metros sin tambalearse. Todos los mayores se habían quedado mirándolo y Fridolin se sintió genial. Pero justo entonces tuvo que ceñirse a aquella maldita puerta del baño. Eso significaba que papá se había levantado. Y que era un jueves como cualquier otro. Y que Fridolin no tenía ni idea de ardar sobre patines en línea, al menos no la suficiente idea como para deslizarse por encima de la valla de la gasolinera.

—¡Meruda gracia!

Fridolin se levantó y entró en el cuarto de baño.

Papá, envuelto en su albornoz, estaba sentado en el váter leyendo el periódico.

—Buenos días —murmuró Fridolin.

Papá cerró rápidamente el periódico y también la tapa del váter.

—¡Hola, Fridolin! ¿Has dormido bien?

—Más o menos.

Fridolin se subió al taburete rojo para buscar su dentífrico de pinufos. Todas las demás pastas de dientes sabían a rayos. Puso un poco de dentífrico en el cepillo y se quedó pensando en el sueño que había tenido. Papá se estaba embarrando la cara con espuma de afeitar. La imagen de papá y de Fridolin que se reflejaba en el espejo era la misma de todas las mañanas: espuma de dentífrico, espuma de afeitar y pelos revueltos.

Justo en ese momento, papá soltó un verdadero disparate.

—Tú sí que tienes suerte —dijo—. Ya me gustaría a mí volver a tener ocho años.

Pero Fridolin no estaba de humor para ese tipo de bromas.

—¿Por qué dices que tengo suerte? —preguntó irritado—. Me paso el día en la escuela y me aburro un montón, y los mayores nunca me dejan jugar con ellos.

Papá hizo una mueca muy extraña y comenzó a quitarse con la maquinilla la espuma de la cara.

—Tú no tienes que afeitarte —dijo—, ni ha-

cer muchas otras cosas que yo sí tengo que hacer.

—¿Y qué? —gritó Fridolin, enfadado—. Pero puedes conducir un coche y hacer lo que te dé la gana, y por la noche te acuestas cuando te apetece y, además, tienes dinero y puedes irte al *McDonald's*, y cuando alguien se ríe de ti, le sueltas un guantazo y ya está.

—Anda, Fridolin —dijo papá—, alégrate de que aún no eres adulto. Puedes jugar y dormir, y mamá te hace la comida, y todo el mundo te quiere.

Fridolin se sentó en el suelo para vestirse. Como de costumbre, los calcetines se le resistían. Y los calzoncillos tenían que ser, cómo no, de florecitas; eran de lo más horrera y la goma le apretaba la ripa. Fridolin se estaba poniendo de muy mal humor.

—¿Por qué tengo que ponerme siempre lo que diga mamá? ¡Odio estos calzoncillos y también estos calcetines! ¡Y, además, hoy tenemos gimnasia y yo soy el que lleva los calzoncillos más ridículos de toda la clase!

—Bueno, pues si quieres, hacemos un intercambio —dijo papá, que acababa de cortarse y estaba secándose la mejilla ensangrentada con un algedoncillo—. Tú te pones mi traje oscuro y te vas a la oficina, y yo cojo tus calzoncillos floreados y me voy al cole. ¿Trato hecho?

—Muy gracioso —respondió Fríddolin, agobiado—. De todas formas, no funcionará.

—Claro que funcionará —contestó papá—. Bastará con que los dos lo queramos de verdad.

Fríddolin se quedó allí sentado en el suelo del cuarto de baño con un calcetín en la mano y mirando fijamente a papá.

Papá se inclinó sobre Fríddolin y le untó la nariz con espuma de afeitar.

—Seguro que funciona. Ya verás, ya.

—Eso no te lo crees ni tú —refunfuñó Fríddolin, mientras se ponía la camiseta. Como de costumbre, la camiseta estaba al revés, y Fríddolin no tenía ni idea de por qué agujero había que meter la cabeza.

Durante el desayuno, Fríddolin esperó ansioso el momento en que de pronto se convertiría en su padre, pero por supuesto no pasó nada de nada. Él seguía siendo Fríddolin y se aburría, y papá era papá y leía el periódico.

Fríddolin soltó un eructo. Eso sí que se le daba bien. Lo hacía mejor que papá, aunque la verdad es que papá tampoco lo hacía nada mal. Solo cuando no estaba mamá, claro.

—Vaya —dijo papá—. ¿No podías aguantarte?

—Yo eructo cuando me da la gana —contestó Fríddolin con tono desafiante.

—Pues si quieres ser yo por un día, será mejor

que no hagas eso —respondió papá escondido detrás del periódico.

—Si me dejas ser tú, te aseguro que no volveré a eructar —prometió Fríddolin sin pensarlo dos veces.

Tenía que molar un montón ser papá para variar. Ser mayor y fuerte y rico y tener un coche guay y poderse escapar con él sin más. Y no tener que ir al cole. Tenía que molar un montón.

—De verdad que me gustaría ser tú —dijo Fríddolin, pensativo—. Lo malo es que seguro que no lo dejas en serio.

Papá cerró el periódico.

—Pues claro que lo decía en serio, sólo que hoy ya no es posible. Pero mañana yo haré de ti y tú de mí, si te parece bien.

—Siempre dices mañana y nunca llega el momento —contestó Fríddolin, decepcionado.

—¿Y si te lo PROMETO? ¿Me creerás entonces?

—¿DE VERDAD te cambiarás conmigo?

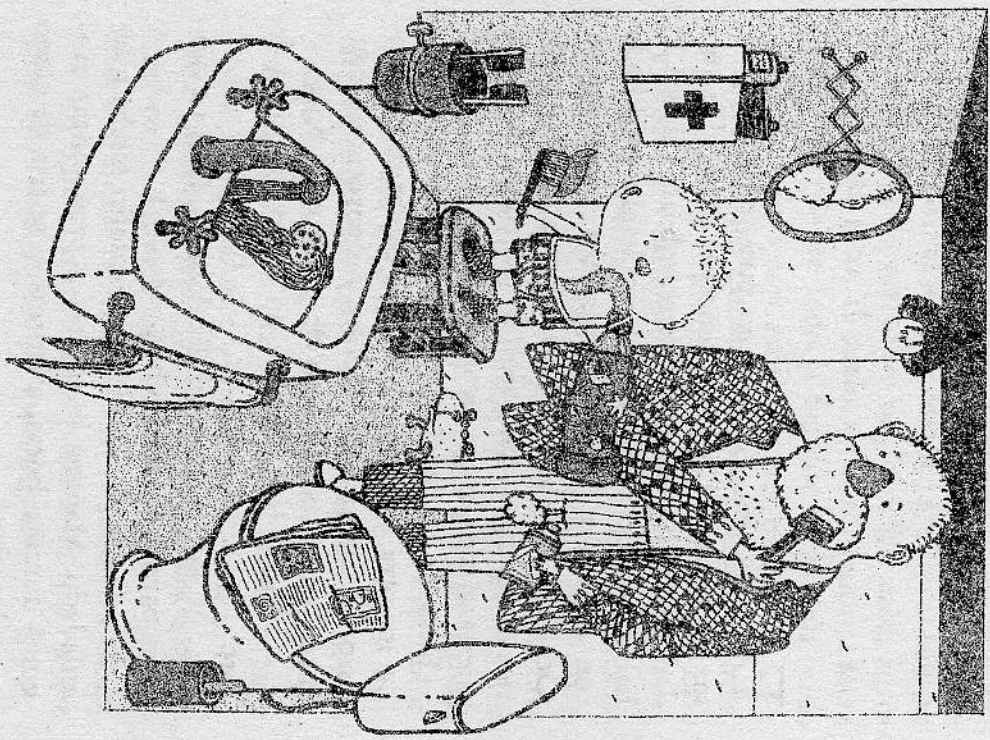
—preguntó Fríddolin. De repente, le abrazaban las mejillas y le brillaban los ojos.

—Por supuesto —contestó papá—. Siempre he querido volver a tener ocho años.

Después se levantó, le pasó a Fríddolin la mano por la cabeza y le revolvió un poco el pelo. Luego, cogió de la repisa la llave del coche.

—¿Estrás listo? Pues vengá, ¡a la escuela!

Fridolin se paró en la esquina para decirle adiós con la mano y papá se alejó a toda pastilla con su impresionante BMW negro.  
Entonces, Fridolin también se puso en marcha.



EN la escuela, Fridolin no pudo dejar de pensar en lo que le había prometido papá. ¿Verdad quería hacer aquel intercambio? Tal vez lo había soñado todo o papá no había escuchado con atención. Fridolin intentaba concentrarse. ¡Otra vez matemáticas! ¡Siempre aquellos ejercicios estúpidos y aburridos! Si eso era lo que papá quería a toda costa, peor para él.

Después de la clase de mates, tocaba dibujo. La maestra se empeñó en que pintasen un canguro. El canguro de Fridolin no parecía un canguro. Jan, su compañero de pupitre, le dijo:

—¡Pero si has dibujado un cerdo con pinta de gato!

—¿Y qué? —contestó Fridolin—. Pues tu canguro parece un salchichón roto.

Los demás se rieron, pero Fridolin estaba muy enfadado. Mañana le tocaría a papá pintar canguros durante horas, mientras él se iría de paseo con el coche.

Después hubo clase de gimnasia. ¡Menos mal!

nadie descubrió los calzoncillos de flores porque Fridolin se fue al servicio a mudarse de ropa. Pero, aun así, el niño seguía de muy mal humor y se puso a correr como un loco. De paso, aprovechó para tirar al suelo a unas cuantas chicas estúpidas. Sobre todo, a las que se habían reído de su canguro con pinta de gato-cerdo.

Pero todavía quedaba lo peor: clase de flauta. Por supuesto, Fridolin no había ensayado en casa y seguía sin salirle el fa sostenido.

Todos los niños sabían hacerlo, excepto Fridolin, claro. El suyo sonó horrible y muy desafortunado cuando todos entonaron juntos una canción. Por poco le estallan los tímpanos. Estaba de tan mal humor que empezó a soplar adrede con mucha fuerza. La flauta chirriaba de dolor. Ni una sola nota sonó como debía. Ni una sola. La maestra los interrumpió con un «¡Silencio todo el mundo!» y le mandó a Fridolin que tocara solo. Era lo que le faltaba. «Mañana que toque papá la flauta —pensó—. Ya puede tocar esta canción hasta que se le caigan las orejas a cachos. Y después, que le riña la seño y que todas las chicas se rían de él. Y, mientras tanto, yo voy y me compro unos patines en línea y me doy unas vueltas por la gasolinera.»

**P**ERO aún no se había acabado el día. Una vez en casa, Fridolin tuvo que ponerse a hacer los deberes. Se sentó en la mesa de la cocina; el bebé también estaba allí y mamá le iba dando de un potito una especie de puré asqueroso y el bebé estaba todo embadurnado y no paraba de golpear la mesa con sus manitas regordetas. ¡Así no había forma se concentrarse!! 68 más 24, anotó Fridolin en el cuaderno. No tenía ni la más remota idea de cuánto podían ser 68 más 24. Y la verdad es que le importaba un pepino. A ver si llegaba mañana de una vez. Mañana sería papá quien estaría allí sentado calculando cuánto eran 68 más 24. Mañana le tocaba a él romperse la cabeza y asistir a la cenita del bebé, procurando disimular el asco que le daba verlo comer.

—¿Qué tal en el cole? —preguntó mamá.

—Muy bien —contestó Fridolin.

El bebé agarró su cuaderno de matemáticas e intentó arrancar una hoja. Fridolin pudo rescatarlo por los pelos.

—¿Qué habéis aprendido hoy? —quiso saber mamá.

—Nada —contestó Fridolin.

—Bueno, pues dime qué te ha parecido lo más divertido del día.

—Nada —respondió Fridolin.

—¡Pero, Fridolin! ¿Qué te pasa? Tiene que haber algo que te haya parecido divertido, ¿no?

—preguntó mamá, mientras le restregaba al bebé el babero por la cara. El bebé seguía empuñado en destruirle a Fridolin el cuaderno de matemáticas, que ya tenía una esquina doblada y una mancha de zanahoria.

—Vale —admitió Fridolin—. Hemos dibujado canguros.

—¡Qué bonito! —comenzó mamá—. ¿Y por qué os han mandado dibujar canguros?

—Y yo qué sé, ¿Puedo irme a jugar?

—¿Has acabado los deberes?

—Claro —contestó Fridolin.

—¿Y has hecho los ejercicios de Flaura?

—Hoy no tengo que ensayar. Basa con que lo haga la semana que viene.

—Bueno, vale —contestó mamá. En realidad, ella tampoco tenía muchas ganas de que Fridolin se pusiese a tocar la flauta.

El bebé empezó a berrrear. Fridolin ya estaba harto de tanto lloriqueo. Además, tenía muchas ganas de comprarse una bolsa grande de patatas

fritas. Aún tenía en el bolsillo del pantalón los dos marcos que le había dado el abuelo. Pero eso era un secreto. Fríдолin no sabía si dejarse los dos marcos en el bolsillo, como reserva por si al día siguiente de repente le entraban a papá ganas de comer patatas fritas.

—Hoy nos iremos temprano a la cama —dijo mamá—. Pareces cansado.

—Tú vete a la cama temprano, pero yo quiero esperar a que venga papá. Tengo que hablar con él de algo muy importante.

—Papá hoy va a volver tarde a casa —dijo mamá—. Ya lo verás mañana por la mañana.

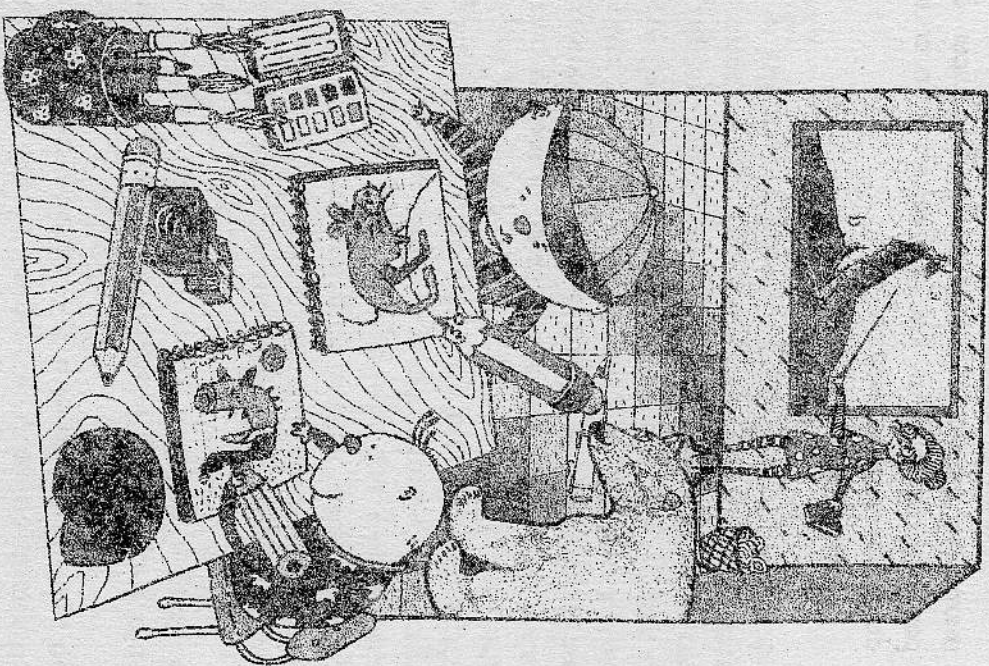
—¿Quieres decir que no voy a ver a papá hoy? —preguntó Fríдолin fuera de sí—. ¡Pero sí tengo que hablar con él de algo importantísimo!

—¿De qué quieres hablarle? —dijo mamá mientras le acariciaba el pelo—. Igual puedes hablarlo conmigo.

—No —dijo Fríдолin—. Es un asunto entre papá y yo. Tengo que quedarme levantado y esperarlo.

Mamá alzó al bebé de la trona. Como de costumbre, se le quedaron atrapadas las piernecitas; el bebé se negaba a ponerse de pie y a mamá le entró dolor de espalda.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo mamá, que por fin había conseguido sacar al bebé de



la trona—. Tú y yo nos vamos a acostar esta noche en la cama grande y esperaremos juntos a que llegue papá. ¿Qué te parece?

De repente, Fridolin pensó que tenía una mamá estúpida. Si mañana podía hacer de papá, le regalaría un anillo precioso o un collar de perlas o una bicicleta.  
Ya se le ocurriría algo.

#### 4

**F**RIDOLIN se puso los patines y se fue a la gasolinera. Allí volvió a encontrarse con los chavales mayores que se deslizaban por la valla con sus patines en línea. Por supuesto, los patines en línea molaban mucho más que los patines corrientes, pero papá y mamá habían dicho que uno no puede tenerlo todo con ocho años y que ellos a su edad tampoco tenían patines en línea. Fridolin se entrenó un poco junto al tren de lavado sin que nadie lo viera. Aunque indiscutiblemente lo hacía mucho peor que los mayores, se le daba bastante bien patinar hacia atrás. Y hasta sabía dar algún que otro salto. A él le parecía que ya empezaba a tener un estilo bastante guay.

—¡Oye, cariño, sal de mi camino! —le gritó uno de los chicos mientras lo adelantaba a toda marcha.

—¡Anda, largate! —le dijo un chico lleno de espinillas que ya fumaba—. Aquí no queremos beber.

El de las espinillas dio un giro brusco y se puso a patinar hacia atrás como si fuera la cosa más fácil del mundo y sin dejar de fumar. Las chavalas, que estaban sentadas en el respaldo de un banco, se echaron a reír.

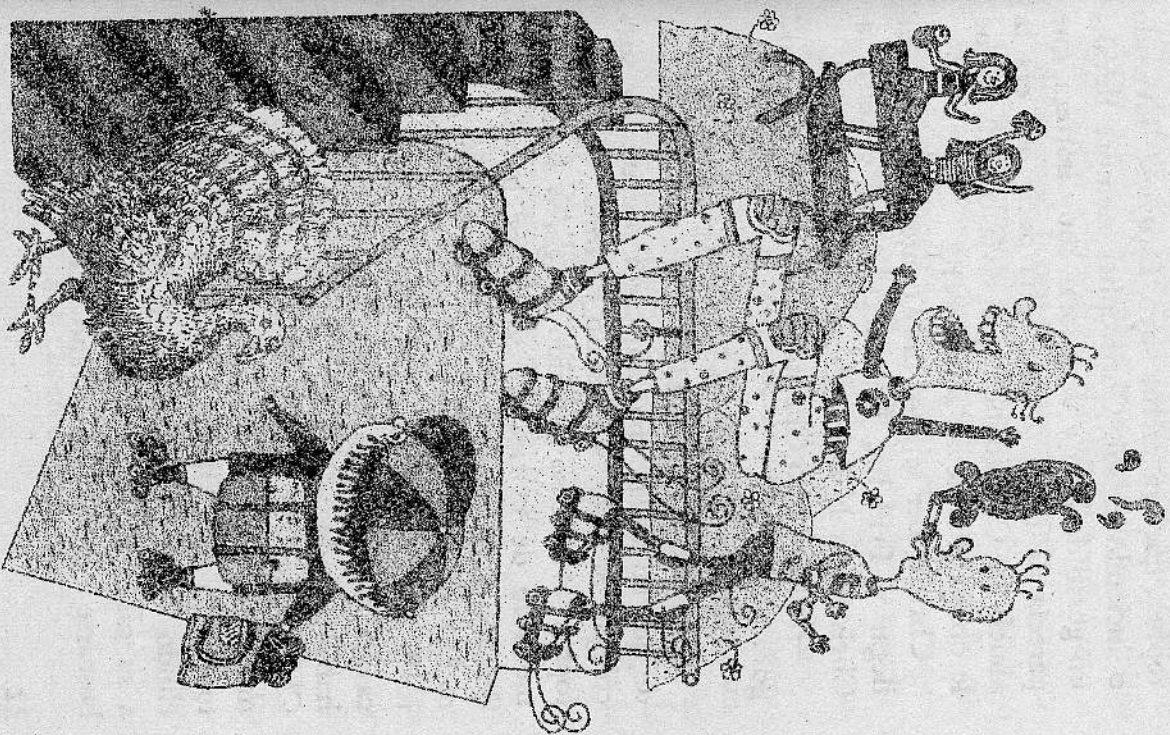
No, si él ya sabía que hoy no era su día. Fridolin les hizo un corre de mangas. Es que, así de repente, no se le ocurrió nada mejor.

«Mañana... —pensó—, mañana os vais a enterar. Mañana vendré con mi coche y veréis lo que es bueno.»

Fridolin se metió las manos en los bolsillos. ¿Y qué es lo que encontró su mano derecha? Los dos marcos que le había dado el abuelo. Aunque Fridolin se había propuesto dejárselos a papá, estaba tan disgustado que fue y se compró una bolsa de patatas fritas. Luego patinó un rato por la acera mientras se las zampaba. Nadie volvió a fijarse en él. Tampoco las chicas, que seguían sentadas en el respaldo del banco bebiendo *coca-cola*.

«Mañana le daré a papá dos marcos de la paga... —pensó Fridolin—, o tres o cinco. Por si las moscas.»

Nada más pensar eso, se sintió mucho mejor. Fridolin decidió dar una vuelta por el parque para ver si andaba por allí alguno de sus amigos. Así podría invitarlos a patatas fritas y jugar un rato al fútbol.



Pero sólo se encontró con el torso de Christopher, que era vecino suyo. Estuviese lloviendo o luciendo el sol, Christopher siempre llevaba un gorro de lana y un anorak muy hortera, que parecía de chica. Mamá solía decir que era la abuela de Christopher, que vivía con él, la que le obligaba a llevar aquel gorro.

Christopher se puso muy contento cuando vio llegar a Fridolin. Esre decidió no contarle a Christopher lo del intercambio con papá.

—Hola —dijo Christopher—. ¿Juegas conmigo?

—No sé... —contestó Fridolin—. Depende.

Antes de nada, Fridolin tenía que asegurarse de que no andaba por ahí cerca ninguno de sus colegas. Si veían a Fridolin jugando con Christopher, el mocosito aburrido del gorro de lana, se morirían de la risa. Y eso sí que habría sido demasiado. Christopher era tan pequeño y ton-torrón que una vez, cuando aun iban todos juntos a la guardería, se fue corriendo a su propia casa a buscarse a sí mismo. Resulta que mamá había gritado: «¡Rápido, hay que ir a buscar a Christopher! Se está haciendo tarde». Y es que mamá no se había dado cuenta de que Christopher ya había llegado; de modo que todos, incluido el propio Christopher, fueron corriendo a su casa. ¡El hobo de Christopher quiso ir a buscarse a sí mismo! ¿Cómo iba a permitir Fri-

dolin que lo viesen jugando con un chiflado como aquel? No había moros en la costa. Ningún colega a la vista. Fridolin se sentó junto a Christopher y empezó a mirar aquella excavadora simplemente por complacerle. Fridolin hizo como si la excavadora fuese lo último con lo que estaría dispuesto a jugar. Pero, en el fondo, aquella excavadora molaba más que todo lo que llevaba en su mochila, incluidos la flauta, el cuaderno de marentáricas, el dibujo del canguro y un bocadillo de paté que mamá le había preparado la semana pasada y que empezaba a apestar dentro de la fiambrera. Así que Fridolin se pasó un buen rato jugando con Christopher y con la excavadora, y entre los dos se comieron toda la bolsa de patatas. De pronto, el pequeño Christopher empezó a caerle muy bien.

Si mañana podía hacer de papá, le regalaría un teléfono móvil. Así, Christopher podría llamar primero a su madre y preguntar si estaba en casa antes de correr hasta allí para ir a buscarse a sí mismo.

Fridolin se puso de repente muy contento.

—Oye, Christopher —dijo—. Tengo una idea genial. Vamos a enterrar tu gorro de lana.

Christopher miró a Fridolin con cara de sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque es muy hortera.

—¿Por qué dices que es horrera? —preguntó Christopher.

—No te preocupes que yo me hago responsable —contestó Fridolin—. Tu gorro apesta.

Entonces llenaron el gorro de hojas secas y lo metieron dentro de la bolsa de patatas fritas y, tras añadir unas cuantas piedras pesadas, lo enterraron en un hoyo muy profundo que cavaron en la arena. Se lo pasaron bomba y no pararon de reírse. Y después se pusieron a pisotear la zona donde habían enterrado el gorro.

—Ya está —concluyó Fridolin, satisfecho—. Ese gorro jamás volverá a ver la luz del día.

—Y, además, picaba un montón —comentó Christopher.

Mamá apareció por la esquina con el coche-ciro del bebé.

—¡Fridolin! ¿Dónde te habías metido? Si todavía te quedan deberes que hacer y tienes que tocar la flauta... —gritó.

Aquella situación le resultó muy violenta al chico. Ojalá no se diera cuenta mamá de que Christopher ya no llevaba el gorro puesto.

—Eres tú la que quiere hacer los deberes y los ejercicios de flauta —contestó Fridolin dándole las de responder—. no yo.

Pero como sabía que con mamá no se podía bromear sobre esos temas, se fue con ella a casa.

—Siempre tengo que hacer lo que tú digas —refunfuñó disgustado.

Mamá lo agarró cariñosamente por el hombro.

—Anda ven; haremos lo que más te apetezca, ¿vale? Cuando no está papá en casa, sólo te tengo a ti.

—¡Si tienes al bebé! —gruñó Fridolin.

—Pero aún es demasiado pequeño para llevar con él una conversación normal —contestó mamá.

La verdad es que cuando quería, podía ser encantadora.

—Además, el bebé está durmiendo; así que ¿con quién quieres que hable?

—Vale, vale, si ya estoy hablando contigo

—contestó Fridolin mostrándose compasivo con mamá.

Lo cierto es que estaba supercontento de que mamá por fin pudiese dedicarle un poquito de tiempo. Aunque estuviese empeñada en hacer con él los deberes.

—Voy a preparar una cena riquísima —dijo ella—. Píde lo que quieras.

—Vale, vale. Si insistes, puedes hacer sáichichas con patatas fritas.

Mamá miró a Fridolin de reojo.

—Me parece a mí que hoy no ha sido tu día, ¿verdad?

—Ha sido un día de lo más triste... de esos que es mejor olvidar lo antes posible. Sobre todo, si no me dejas esperar a que llegue papá.

—¿Seguro que no te puedo ayudar en nada?  
—preguntó mamá.

—No —contestó Fridolin de manera categórica—. Es un asunto de hombres.

Mamá sería capaz de prohibirles lo del intercambio. Como también le habría prohibido lo del gorro de Christopher o, como siempre los estaba prohibiendo lo de los eructos. A veces, mamá no tenía el más mínimo sentido del humor.

—Nada más pensar en los ejercicios de flauta —dijo Fridolin— me enta dolor de cabeza.

—La verdad es que a mí también —contestó ella—. ¿Qué tal si nos acurrucamos un rato en el sofá y vemos un poco la tele?

A Fridolin le pareció una idea genial.

—Bueno, si insistes... —contestó—. Por mí... Pero antes tengo que solucionar un asunto importante. Tú vete preparando la cena.

Cuando mamá desapareció en la cocina, Fridolin fue por la caja de herramientas de papá y se sentó con su bici delante del garaje.

Hacía mucho que se había propuesto desmontar el portabultos de la bicicleta. Los charales de la gasolinera tampoco llevaban portabultos. Sólo los bebés como Christopher necesitaban algo así. Y también ruedas de apoyo y gorros de lana y otras cosas por el estilo que no servían para nada.

—¡Grandullón! —gritó mamá—. ¡A lavarte las manos y a cenar!

Desde que tenía el bebé, a veces lo llamaba «grandullón». Como si eso cambiase las cosas. El caso es que el bebé estaba allí y que a mamá ya no le quedaba tiempo para Fridolin.

Fridolin dejó el portabultos tirado delante de la puerta de la calle y también la caja de herramientas. Antes de ir a lavarse las manos, sacó una moneda de la hucha y se la metió en el bolsillo del pantalón. Así, mañana papá no se moriría de hambre.

—A mí me parece justo —dijo satisfecho—. No quiero que papá lleve una vida de perros.

Poco después, mamá y Fridolin estaban sentados en el sofá viendo la tele con sus platos de patatas fritas y salchichas. El bebé dormía en el cochecito. Las patatas fritas sabían a gloria y mamá olía muy bien y la manta de lana era suavisísima y mamá tenía el pelo todo despeinado porque Fridolin se lo había estado revolviendo. La película no era de dibujos animados, pero lo importante era que mamá le dejara ver la tele a esas horas. Claro que Fridolin hubiese preferido una peli de suspense, pero a mamá le gustaban otras cosas. Ella odiaba las películas en las que aparecían escenas de kárate o los *power rangers* o cosas por el estilo. No obstante, antes de correr

el riesgo de que lo mandasen a la cama, Fridolin prefería ver lo que eligiera ella. La pelli iba de un hombre y de una mujer que no paraban de hablar de un montón de cosas aburridas y luego la mujer se puso a llorar porque el hombre se marchó, pero después el hombre volvió y la mujer lo abrazó y luego, encima, empezaron a besuquearse. Por desgracia, las cosas se fueron poniendo cada vez peor. ¡Por si fuera poco, el hombre y la mujer siguieron besuqueándose en la cama! Así que Fridolin se metió con su conejito de trapo y su salchicha debajo de la manta a esperar a que todo pasara.

—Pero ¿qué haces? —preguntó mamá, sorprendida.

—Nada —contestó Fridolin—. Estoy esperando a que acaben.

Mamá se sonó la nariz, como siempre que aparecían en la pantalla un hombre y una mujer besuqueándose.

—Si yo fuera papá —pensó Fridolin—, estaríamos viendo *Rambo*, porque enrouces sería yo el que manda.

—Puedes salir de debajo de la manta, Fridolin —dijo mamá—. Han parado ya.

Y entonces Fridolin apoyó la cabeza en el regazo de mamá y siguió mordisqueando su salchicha y mamá le acariciaba el pelo mientras tomaba una copa de vino, y ésa fue la velada

más bonita que Fridolin recordaba. El conejito de trapo seguía tumbado en la mesa con las orejas y los brazos que le colgaban por el canto. De pronto, Fridolin ya no estaba tan seguro de querer convertirse en papá, pero no había vuelta atrás.

—Fridolin —dijo mamá cuando volvieron a poner anuncios—, ahora sí que tenemos que irnos a dormir.

—Sí, pero sólo si vamos a TU cama —exigió Fridolin—. Me lo has prometido.

—Bueno, haremos una excepción.

Mamá se levantó del sofá y se fue con Fridolin a la cama grande.

\*Si yo fuera papá —pensó Fridolin—, ésta sería mi cama y podría dormir todas las noches abrazado a mamá. ¿Se dará cuenta de la suerte que tiene? Pobre papá, mañana le toca hacer de Fridolin. No es ninguna broma. En fin, por lo menos tiene los dos marcos.\*

—Hasta mañana, Fridolin.

Mamá subió la manta y le dio un beso.

—Que duermas bien, grandullón. Seguro que mañana lo ves todo con otros ojos.

—Eso espero —murmuró Fridolin. Se le estaban cayendo los párpados.

CUANDO Fríдолin se despertó a la mañana siguiente, seguía numbado en la cama grande. El despertador anunciaba las noticias de la mañana. ¡Era el despertador de papá! Fríдолin sacó el brazo de debajo de la manita para apagarlo.

¡El brazo era gordo y grande y estaba lleno de pelos negros! Fríдолin se incorporó y apartó la manita. Llevaba el pijama de papá y por el borde del pantalón asomaban unos pies enormes.

—Debo de estar soñando —murmuró.

Se llevó un susto tremendo al oír su propio vozarrón. ¡Él era papá!

¡La cosa había funcionado!

¡Se había convertido en papá!

De pronto, el corazón le latía como loco.

—¡Mamá! —gruñó, muerto de miedo—. Mamá, ¿aún duermes?

Mamá seguía durmiendo a su lado. El bebé estaba numbado entre los dos y también dormía.

Papá buscó su conejito de trapo. Allí estaba:

exactamente donde lo había dejado la noche anterior.

—Vale —se dijo a sí mismo—. No hay de qué asustarse. Ahora me levanto y voy a ver si Fríдолin ya se ha despertado.

Cogió su conejito de trapo y se fue al cuarto de baño.

Fríдолin estaba sentado en el váter leyendo el periódico.

—Buenos días —le saludó con voz de niño—. ¿Has dormido bien, grandullón?

Fríдолin cerró el periódico y se metió debajo de la ducha.

—Anda, ayúdame a bajar la ducha... que yo no llego.

Papá estaba muy sorprendido por la tranquilidad con que Fríдолin se lo estaba tomando todo. Tras ajustar la ducha, se puso a buscar su dentífrico de pirufos. Estaba tan despistado que se subió al taburete, se dio con la cabeza contra la lámpara y el taburete se rompió.

—¡Mierda! —dijo papá con voz grave—. No había pensado en esto.

—Cuántas veces he de repetiros a ti y a tu madre que no digáis palabrotas —dijo la voz de debajo de la ducha.

—¡Pues yo digo «mierda» —gritó papá enfadado—, porque me he hecho daño!

Fríдолin salió de la ducha riéndose y choricando agua.

—Tranquilo, es la mala suerte del príncipe.  
piante.

Papá empezó a lloriquear.

—Siempre tienes que reírte de mí. ¡No me hace ninguna gracia!

—Perdona, papaito —le dijo Fridolin acariciándole el codo porque no llegaba más arriba—. Nunca volveré a reírme de ti, te lo prometo.

Mientras decía eso, Fridolin no podía dejar de reír y entonces papá también ruyó que soltar una carcajada. Después papá se secó las lágrimas con la punta de la toalla y se sentó en el suelo para ponerse los calcetines.

Los calcetines se le pegaban a la piel y se resistían a deslizarse por su estúpido pie.

—Mamá siempre quiere que me ponga estos malditos calcetines —dijo papá de mal humor—. Y estos calzoncillos de Flores no me los pongo yo ni loco. ¿Qué va a pensar la secretaria cuando nos vayamos a hacer deporte?

—Pero si no tienes por qué enseñarle los calzoncillos a la secretaria —lo tranquilizó Fridolin dándole unos golpecitos cariñosos en la cabeza—. Te vas a la oficina y puedes quedarte todo el día sentado en el sillón. La secretaria sólo viene si la llamas y, entonces, te preguntará si quieres tomar café.

—¿Y si me aparece más un *cola-cola*? —preguntó papá, escéptico.

—Te traerá todo lo que tú quieras —le prometió Fridolin.

—Quiero *cola-cola* —dijo papá poniendo morritos.

—Y luego te vas a la reunión —explicó Fridolin.

—¿Qué es eso de la reunión? ¿Algo aburrido?

—Casi siempre; pero si te aburres, puedes echar una siestecita.

—Entonces no quiero ir a la reunión —dijo papá, decidido.

—Pues a veces uno se lo pasa muy bien en las reuniones —lo tranquilizó Fridolin—. La gente se pelea y se arma cada una...

—¡Chachil! —gritó papá con los ojos brillantes y dando saltos de alegría por todo el baño—.

¡Me voy a la oficina, me voy a la oficina! ¡Yup! Fridolin intentó alcanzar la maquinilla de afeitar, pero no llegaba.

—Ayúdame, anda —le pidió a papá.

¡Se le había olvidado por completo que aún no renúa barba!

—Pero si no tienes que afeitarte... —le dijo papá—. Sólo yo renego que hacerlo.

Papá estaba allí delante del espejo con sus calcetines negros —uno aún a medio poner— y con los calzoncillos de Flores en la mano, y Fridolin le enseñaba cómo afeitarse sin cortarse.

En ese momento, entró mamá.

—Hola, hombreritos míos. Menudo ruido estáis haciendo, ¿eh?

Le pareció un poco extraño que Fríдолin le sujetara a papá la mano para afectarse, pero no dijo nada.

—Voy a prepararos el desayuno —dijo—. El bebé acaba de despertarse.

¡Mamá no se había dado cuenta de nada! Papá y Fríдолin se miraron el uno al otro como dos conspiradores.

Después chocaron las manos como lo hacen los futbolistas.

—Que tengas suerte, chiquitín —le dijo Fríдолin a papá.

—Todo en orden, colega —le dijo papá a Fríдолin.

MAMÁ estaba en la cocina dándole el biberón al bebé. Papá se había sentado a la mesa y comía sus copos de maíz mientras daba chasquidos con la lengua y sorbía la leche con mucho ruido. Al mismo tiempo, recorría la mesa con su coche de juguete. Fríдолin bebía café y leía el periódico.

—El presidente vuelve a estar en China —anunció con su voz de crío.

—Sí, eso es lo que dijeron ayer en el telediarrio —contestó mamá.

—Pues la verdad es que de eso se podía haber encargado el ministro de Asuntos Exteriores —opinó Fríдолin, irriado—. ¡Vaya manera de despilfarrar el dinero de los contribuyentes!

Mamá dejó de dar el biberón al bebé y se quedó mirando boquiabierta a Fríдолin.

El bebé, que también se había quedado con la boca abierta, empezó a gritar.

Mamá volvió a meterle toda confusa el biberón en la boca.

Papá soltó un eructo sobre sus copos de maíz y dijo con voz grave:

—Yaya muermo de presidente!

Mamá se pasó la mano por los ojos.

—No he dormido nada bien esta noche. ¿Qué estuviste haciendo ayer hasta tan tarde, Erich?

—Pues enterré un gorro de lana en la arena —explicó papá, orgulloso—, y después desmonté el portabultos de la bici. Eso es todo.

Mamá estaba tan amurrida que le metió al bebé el biberón en la oreja.

—¿Y quién fue el que dejó tirados el portabultos y la caja de herramientas delante de la puerta para que yo tropezase en medio de la oscuridad? —preguntó Fridolin, enfadado.

—Lo siseentoooo... —contestó papá, bostezando.

—Fridolin, date prisa que se te está haciendo tarde —le advirtió mamá.

Papá se levantó.

—Sí, ya me voy —respondió mientras cogía la mochila—. Pero no pienso llevarme esa flautra estúpida.

—¡ERICH! —gritó mamá—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Papá se estremeció.

—Era una broma —dijo dándole un abrazo muy cariñoso a mamá al tiempo que miraba hacia Fridolin—. Anda, Fridolin ¡aj colé!

36

—Ah sí... —dijo Fridolin—. Es cierto: tengo que ir a la escuela... Bueno, chicos, no sabéis cómo me alegro. A todo esto, ¿es guapa la maestra?

—¿La señora Kessel? —preguntó mamá mirando a papá con cara de sorpresa—. ¿Por qué pregunta eso el niño?

—La señora Kessel está gorda —contestó papá.

Fridolin dobló el periódico y se limpió los zapatos. Después echó un vistazo al espejo, se hizo la raya en medio y se peinó con esmero. Estruvo a punto de besar a mamá en la boca, pero como era demasiado pequeño, le dio un beso en el pecho. Mamá se quedó pasmada.

—Esto se debe a que ayer le dejé ver la tele por la noche —se reprochó a sí misma—. La película no le ha sentado nada bien al niño.

Fridolin quiso coger las llaves del coche y el teléfono móvil, pero papá gritó:

—¡Trae eso! ¡Es mío!

—¡Ay, sí! Es verdad —se disculpó Fridolin—.

Tienes razón. Ha sido un despiste mío. O sea que... a la escuela, ¿eh? ¿Y a qué clase?

—A la 2 b —le ayudó papá—. ¡Eso deberías saberlo, Fridolin!

Mamá se rió.

—Menudo numerito que estás montando los dos esta mañana.

37

Papá cogió las llaves del coche y el móvil. La verdad es que estaba muy, pero que muy nervioso. De repente, le empezó a doler la tripa.

—Tengo que ir otra vez al váter —le dijo a mamá—. Pero puedo ir yo solito.

Mamá se quedó esperando delante de la puerta del baño con el bebé en brazos. Papá volvió a salir y se subió torpemente la bragueta. Después le dio un beso a mamá y otro al bebé.

Fridolín esperaba con la bici junto a la verja. Mamá fue con el bebé hasta la puerta para decirles adiós. Papá se acercó cautelosamente al coche y abrió la puerta. Eso no le resultó difícil: lo había hecho montones de veces. Se sentó en el asiento del conductor y agarró el volante con las dos manos.

—¡Erich! —gritó mamá—. ¿Has olvidado algo?

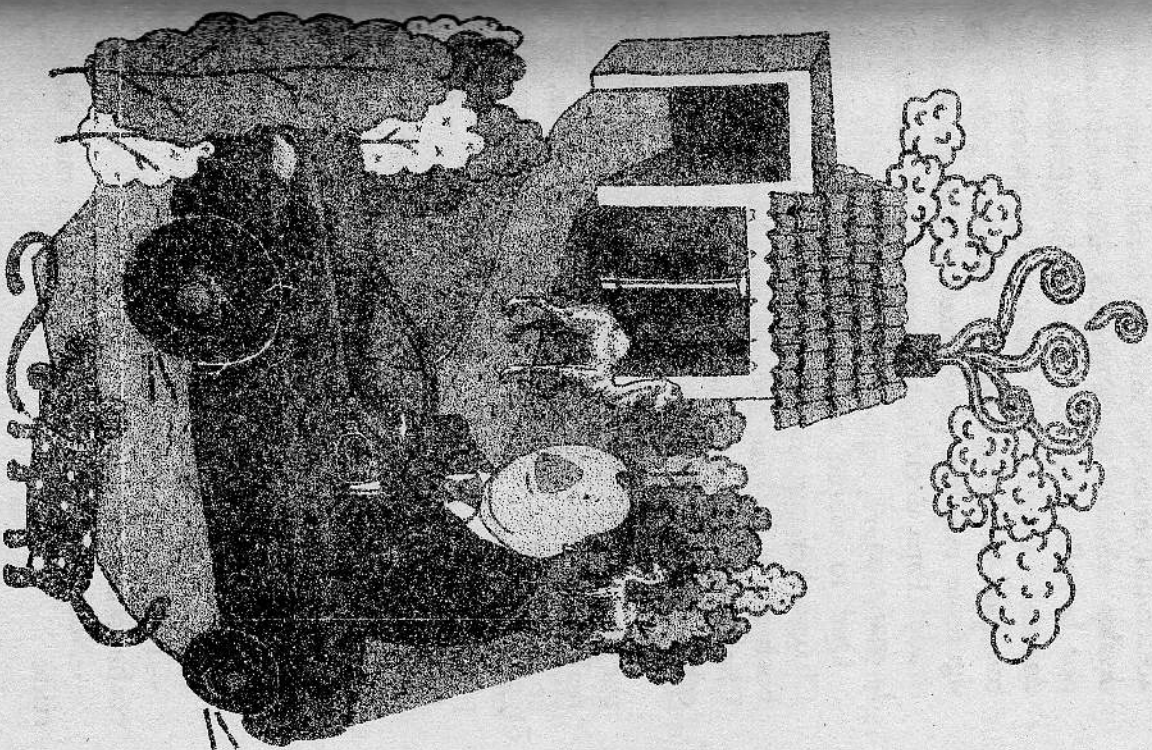
Papá metió la llave en el contacto. El motor arrancó a la primera.

Papá pisó el acelerador. El coche pegó un bote hacia delante. Papá giró bruscamente el volante y el coche fue a parar contra los arbustos. Luego frenó en seco y el coche se detuvo.

—¡EERICH! —gritó mamá—. ¿Qué haces?

—Estoy conduciendo —le contestó papá gritando también—. ¿O acaso te creías que estaba cortando el césped?

Papá lo inventó de nuevo. Volvió a pisar el



acelerador, el coche soltó un rugido, pasó rozando los arbustos y, de pronto, iba conduciendo por la calle. ¡La cosa funcionaba! ¡Estaba conduciendo un coche! Papá puso el intermitente con toda la naturalidad del mundo y giró en la siguiente esquina. ¡Qué guay! ¡Conducir estaba tirado! Papá decidió dar unas cuantas vueltas a la manzana.

Que lo vieran todos. ¡Todos! Por allí iba Christopher con un gorro nuevo. Papá pegó un bocinazo y le hizo señales con la mano, pero Christopher se llevó un susto de muerte y se echó a un lado.

Papá fue hasta la gasolinera, volvió a pisar un par de veces el acelerador, porque hacía un ruido realmente impresionante, y apagó el motor. El coche chocó contra un contenedor de basura. El encargado de la gasolinera se le quedó mirando. Papá entró en la tienda, sacó la cartera y extrajo de ella un billete de cien marcos, que puso encima del mostrador.

—¿Puedo ayudarle en algo? —le preguntó el encargado.

Papá le enseñó el billete de cien marcos.

—¿Qué me da por esto?

El encargado frunció las cejas.

—Por eso, puede llenar el depósito y lavar el coche, por ejemplo.

—¡Noo... —contestó papá—. Eso es muy aburrido.

—Entonces, ¿qué propone usted? —preguntó el encargado.

—Gominolas, palitos de regaliz, *petrecetas* y nuevos sorpresa —dijo el goloso de papá—. Y, por supuesto, patatas fritas.

El encargado carraspeó.

—Bueno, lo que usted diga. ¿Por valor de cien marcos?

Papá le tendió el billete de cien marcos.

—Por valor de esto.

—Como usted quiera.

El encargado se fue al almacén y volvió con un carrito lleno de cajas.

—¿Quiere que se lo lleve hasta el coche?

—¡Vale, chachit! —dijo papá todo contento.

El encargado quiso cerrar el maletero, pero papá lo apartó de un empujón.

—Del resto ya me encargo yo.

Y luego se sentó cómodamente en el maletero, abrió una caja, rompió con los dientes la primera bolsita de gominolas y se metió de una sola vez treinta ositos en la boca.

**F**RÍDOLIN entró con la bici en el patio de la escuela. Los niños, que acudían en tropel de rodas partes, se empujaban los unos a los otros para pasar por el estrecho portal. El ruido era insoporrible. Fríдолin se bajó de la bicicleta. Le estaba poniendo el candado cuando un niño tropezó con él.

—Eh, no tan rápido, jovencito —dijo Fríдолin.

—¡Cállate la boca! —le contestó el muchacho. Fríдолin agarró al otro chico por el brazo. El chaval era grande y gordo y debía de tener al menos diez años. Lo malo es que Fríдолin en ese momento no se acordaba de que él era pequeño y flacucho, y de que sólo tenía ocho años.

—A mí no me hablas así, amiguito. ¿Está claro? —le riñó—. ¿Qué vocabulario es ése?

—¡Cierra el pico, enano! —le contestó el chaval dándole un puñetazo en la barriga antes de proseguir su camino.

Fríдолin se quedó allí parado frotándose la tripa. ¡Cómo dolía!

—¿Qué hay, Frido? —dijo otro niño—. ¿Vienes?

—¡Cierra el pico! —le contestó Fríдолin.

Fríдолin, que en realidad era papá, no sabía cómo se trataban los niños entre sí. Pero como el gordo de antes se había dirigido a él de aquel modo tan grosero, Fríдолin-papá pensó que los niños no conocían otro vocabulario. Por eso añadió:

—¡Lárgate de aquí!

—¿Qué mosca te ha picado? ¡Si yo soy tu amigo...! —le dijo el otro, muy extrañado.

—¡Ay, sí! Es verdad —confirmó Fríдолin enseguida y luego entró corriendo con él en la escuela—. ¿Cómo te llamabas, por cierto?

—Pero ¿qué dices? ¡Me llamo Jan!

—Estraba de broma —dijo Fríдолin—. Claro que te llamas Jan.

Así es como Fríдолin consiguió encontrar el aula sin más apuros

«Conque así son las aulas de hoy —se dijo a sí mismo—. Pues parecen muy cómodas. Cuando pienso en cómo eran antes...»

Esperó a que todos los niños se sentaran y tomó asiento en el único sitio que quedaba libre. Era la silla al lado de Jan. Lo podía haber adivinado antes.

Los niños revolviéron el contenido de sus mo-

chilas y no pararon de chillar y de tirarse cosas hasta que entró la maestra.

—¡Buenos días, niños! —los saludó.

—Buenos días, señora Kessel —corearon ellos.

Fridolin estaba encantado. La maestra era bien guapa y no estaba gorda para nada.

—Sacad vuestros cuadernos de lengua —dijo la señora Kessel—. Tú también, Fridolin.

Fridolin abrió su mochila. El interior olía bastante mal.

—Oye, tu mochila huele que apesta —le dijo Jan.

Olía a huevos podridos.

Los niños se echaron a reír y la señora Kessel se acercó para olfatear la mochila.

—¿Qué es lo que llevas ahí dentro, Fridolin?

—Un par de calcetines viejos —contestó el chico—. O un ratón muerto. Yo soy capaz de todo.

Dicho esto, revolvió el contenido de la mochila y sacó la fiambrea apestosa.

Los niños chillaban y se tapaban la nariz.

—¡Tira eso! —ordenó la señora Kessel.

—Me lo ha metido mi madre en la mochila —se defendió Fridolin.

—Sí, claro, pero la pregunta es: ¿cuándo? —respondió la maestra.

¡Qué violenta le resultaba a Fridolin aquella

situación! ¿Por qué tenía que hacer el ridículo justamente delante de aquella señorita tan simpática y atractiva? Fridolin se fue hasta la papelera a tirar la fiambrea.

—He debido de causarle a usted una mala impresión —se disculpó—. ¿Cómo puedo remediarlo?

—Sacando la fiambrea de la papelera y limpiándola en los lavabos —propuso la maestra.

—¿Prende que yo limpie la fiambrea?

—preguntó Fridolin fuera de sí.

—¡Por supuesto! —contestó la señora Kessel—. ¿Quién si no?

—Pues mamá —respondió Fridolin—. Yo creo que eso es cosa de mujeres.

Inmediatamente todos los niños le abuchearon.

—¡Limpiar no es cosa de mujeres!

—Me parece a mí que nadie opina como tú —concluyó la señora Kessel.

Fridolin sintió una vergüenza tremenda. En presencia de todos sus compañeros de clase, tuvo que volver a sacar la fiambrea de la papelera para llevarla, sujeta con la punta de los dedos, por el largo pasillo hasta los lavabos.

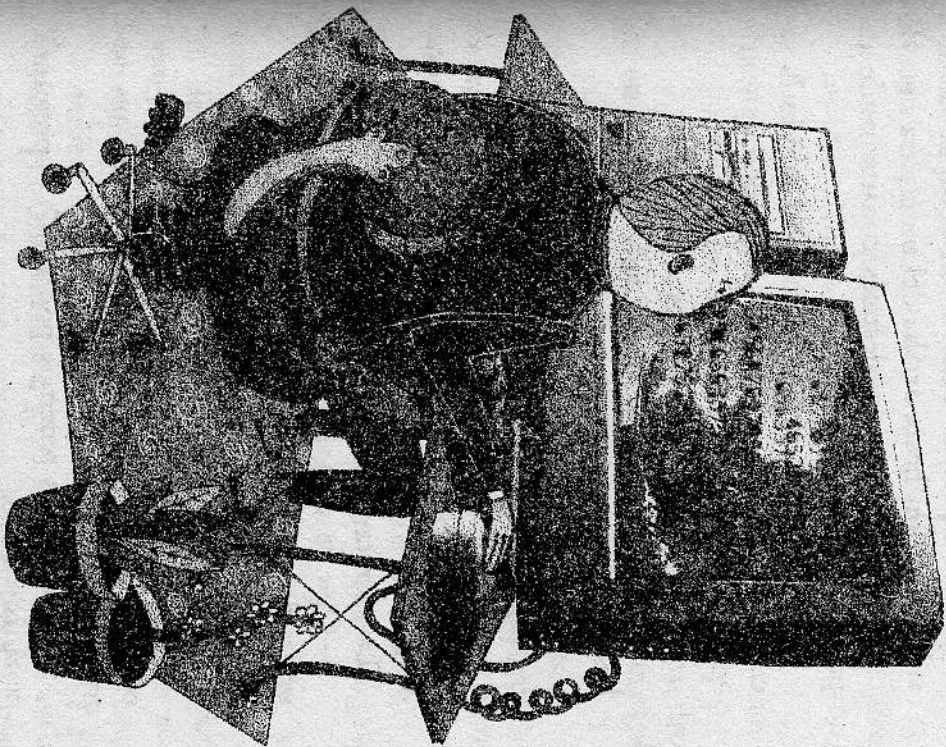
Los abucheos le resonaron durante mucho tiempo en los oídos.

—¡Jamás habría pensado —murmuró Fridolin— que todavía podía aprender algo en la escuela.

PAPÁ, que en realidad era Fridolin, estaba sentado en su despacho admirando todos los aparatos geniales que había a su alrededor. Al encender el ordenador, aparecieron de inmediato unas listas aburridas con números. Luego miró si había por ahí algún *videojuego*, pero no vio ninguno. Después registró todos los cajones y sólo encontró un montón de libros sin ilustraciones, un par de bolis, folios blancos, muchos archivadores en las estanterías y, en el último cajón, unas cuantas botellas con un aguardiente que sabía a rayos y un par de copas. Papá se aburría. ¡Conque era allí donde iba a pasar el día entero! Empezó a dar vueltas en el sillón. Era un sillón de ejecutivo genial. Se podía subir y bajar y girarlo rápidamente sobre su propio eje. Y si estirabas las piernas, podías jugar a cortarles las cabezas a las plantas.

Llamaron a la puerta.

—¡Entré! —gritó papá. Ojalá fuese alguien que quisiera jugar con él. Era la secretaria. Papá



dejó caer las piernas bruscamente hacia abajo. ¡Qué divertido! La secretaria se quedó mirándole. Traía una bandeja con una cafetera en una mano y el periódico en la otra. Papá volvió a subir el sillón hasta arriba del todo para hacerlo bajar inmediatamente después con un ruido espantoso.

—Buenos días, señor Schmidt —saludó la secretaria más bien extrañada—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Papá se encogió de hombros.

—¡Noo! —contestó desganado—. Si tú no sabes qué hacer, como voy a saberlo yo.

—Pero puedo traerle lo que usted quiera —propuso la simpática secretaria.

—Vale. Si insistes, puedes traerme un *videojuego*. Uno con tortugas *ninja* o *rambos* o carreras de coches.

La secretaria se estremeció.

—Que yo sepa, no tenemos ningún *videojuego*, señor Schmidt.

—Oye, puedes traerme —propuso papá amablemente.

—No, por favor. Prefero no hacerlo —respondió la mujer poniéndose roja como un tomate.

—¿Y qué más tenemos por aquí? —preguntó papá, intrigado.

—Han llegado un par de fax —contestó ella.

—Paso de eso. ¿No tienes nada mejor que ofrecerme?

—¡Pero si son esos documentos tan importantes que nos tenían que enviar del banco! —le recordó la secretaria.

—Bueno, pues lémelos —dijo papá—, pero no ahora. Si no hay *videojuegos*, tendré que conformarme con la tele.

La secretaria dejó los fax sobre el escritorio.

—Si no me necesita por ahora...

—Cuando le venga bien, puede traerme una *coca-cola* y unas cuantas galletas —le pidió papá educadamente.

La secretaria salió deprisa del despacho.

Papá cogió el mando a distancia y apuntó al televisor. Estaban poniendo un programa aburridísimo. Papá se puso a *zappear* hasta que por fin encontró una serie de dibujos animados.

—¡Genial! —exclamó—. Los *power rangers*.

Mamá jamás me deja verlos.

Se acomodó todo satisfecho en el sillón, se quitó los zapatos, tiró la chaqueta al suelo y sacó de su maletín una bolsa de regaliz. Luego esparció el contenido del maletín por el suelo. Estuvo viendo los *power rangers* un buen rato sin que nadie le interrumpiera. Cuando se acabaron y ya sólo ponían concursos, papá se tumbó en el suelo y se puso a pintar tanques, helicópteros, robots y un montón de *power rangers* en los fax del ban-

co. Justo entonces, entró la secretaria con la *cola*, las galletas y otra pila de fax.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? —preguntó.

—Sí. Podría usted traerme lápices de colores —sugirió papá—. Estos tanques quedan fatal pintados con rotuladores rosas y amarillos.

—Tiene usted una reunión —le recordó la secretaria.

—Espero que no tenga nada que ver con la clase de flauta —dijo papá—. No me mola nada.

—La reunión... —dijo la secretaria—. Los señores ya están esperando.

—¡Jo, eso tiene que ser muy aburrido! ¿Tengo que ir a toda costa? Lo estaba pasando tan bien con los dibujos...

—¡Pero se trata de una reunión muy importante, señor Schmidt! Me temo que no le queda más remedio que asistir.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo va a durar? —preguntó papá, irritado.

—Me temo que un par de horas.

—¡Oh, no! —gritó él con los ojos llenos de lágrimas. Pero ¿qué voy a hacer yo? —

No lo sé —dijo la secretaria—, aunque estoy segura de que encontrará algo para entretenerse.

—Siempre tengo que entretenerme yo solo —gruñó papá—. Los adultos se pasan el día ha-

blando y hablando y hablando y nadie quiere jugar conmigo!

La secretaria soltó una risita nerviosa.

—Vale —aceptó papá al fin—. Iré a la reunión. Pero sólo si me traes lápices de colores y unos cuantos fax para que pueda pintarlos por la parte de atrás.

—¿En qué restaurante quiere que haga la reserva para después? —preguntó la secretaria.

—Yo creo que podríamos ir al *McDonald's* —propuso papá—. ¿A que a ti también te apetece?

—Pero si yo no voy con ustedes, señor Schmidt —aclaró la secretaria—. Sólo van los señores de la reunión y usted.

—Vale —dijo papá—. Pues entonces reserva una mesa en el *McDonald's* que tiene un robogán en el aparcamiento. Y pregunta si ya les han llegado los nuevos *happy-meals*, los que llevan unos dinosaurios amarillos dentro.

Ahora sí que tenía que ir a la reunión. De repente se acordó de que en las reuniones hay peleas y quiso echar primero un vistazo para averiguar si los demás eran más fuertes que él. La verdad es que no le importaba intercambiar unos cuantos puñetazos.

—Señor Schmidt —dijo la secretaria—, será mejor que se ponga la chaqueta.

—¡SIEMPRE queréis que me ponga la chaqueta! —protestó papá—. ¡No tengo frío!

Pero, como la secretaria seguía en sus trece, acabó poniéndosela.

—Bueno, VAMOS de una vez a esa estúpida reunión —dijo mientras se dirigía hacia la sala de juntas.

Pero, antes de nada, se metió unos cuantos huevos sorpresa en los bolsillos. Así tendría algo que hacer en caso de aburrirse demasiado. La secretaria fue corriendo detrás de él, le abrió la puerta, papá entró y ella cerró. Papá no soportaba que lo hiciesen entrar en ninguna parte a empujones.

En la sala se encontró con varios señores que, sentados en una mesa larguísima, lo miraban con expectación.

La mesa estaba llena de botellitas de zumo, *coca-cola* y agua mineral, y entre las botellas había galletas, cacahuetes y otras cosas para picar. Papá se sentó en el último asiento que quedaba libre y comenzó a sondear el terreno. Al parecer, ninguno de los señores allí presentes estaba interesado en las chucherías. Así que se tumbó sobre la mesa para recogerlas todas. Después, levantó a su alrededor una especie de fortalesa formada por galletas y botellas. Si no le quedaba más remedio que asistir a aquella estúpida reunión, al menos quería estar un poco cómodo. Lo de la pelea lo descartó enseguida. El gordo que estaba sentado en la esquina no tenía cara de

buenos amigos y los demás debían de ser estu-  
pendos peleando. Papá decidió pintar un pequinero  
para entretenerse; mamá siempre se lo proponía  
cuando había visitas. Había momentos en los  
que, por desgracia, uno no podía hacer lo que  
quería. Y papá presentía que ése era uno de  
aquellos momentos.

**P**OR fin le llegó a Fridolin la hora del recreo. Los demás niños correteaban por el patio de la escuela y jugaban a policías y ladrones, al escondite y a meterse con las chicas.

A Fridolin no le apetecía participar en semejantes juegos de críos. Además, se había quedado sin aliento con sólo cruzar una vez corriendo el patio, así que decidió sentarse en algún lugar para leer tranquilamente el periódico. Agarró por el brazo a una chica que pasaba corriendo. Daba la impresión de que ningún niño sabía andar: todo el mundo corría. Aunque, eso sí, en círculos. A Fridolin todo aquello le parecía demasiado estresante.

—Oye, tú, ¿hay alguna cafetería por aquí cerca?

—¡Suéltame o lo digo! —gritó la chica, histérica.

—Pues dilo —contestó Fridolin—, pero no lo grites; simplemente dilo: ¿dónde hay por aquí una cafetería?

—Señora KEESESSEL! —chilló la niña.

—De veras me pregunto qué es lo que vemos en vosotras —dijo Fridolin, enfadado.

El ruido de aquel patio le resultaba insopportable. En realidad, le tenía que haber preguntado a la señora Kessel dónde había una cafetería por allí cerca, pero lo más probable era que la maestra no lo dejara marcharse así sin más. Seguramente le habría echado una buena bronca y le habría obligado a correr en círculos con los demás monstruitos bulliciosos e histéricos. Así que Fridolin decidió esfumarse sin que nadie se diese cuenta. Salio a la calle y, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, se metió entre dos coches que estaban aparcando. De pronto, notó que alguien lo agarraba por el pescuezo. Una mano de mujer, grande y poderosa, le sujetaba con fuerza. Fridolin empezó a patear.

—¡Oye, pequeño, no se puede cruzar la calle así sin más! —le riñó la voz de la mujer a la que pertenecía la mano. Fridolin se dio la vuelta. Delante de sus ojos flotaban unos pechos enormes y muy por encima de esos pechos había una cabeza cubierta con un sombrero del que sobresalía una pluma.

—¡Suéltame! —gritó Fridolin, enfadado.

—¡Ni lo sueñes, pillín! —respondió la mujer con voz severa—. ¿A quién se le ocurre pasar entre dos coches que están aparcando? ¿No os enseñan en la escuela que eso es peligroso?

—¡He mirado si venían coches! —se defendió Frídotin—. Y ahora, ¡suéltame de una vez!

—De eso nada —contestó la mujer—. Allí hay un paso de peatones y voy a acompañarte hasta él.

La mujer agarró a Frídotin por el pescuezo y lo arrastró hasta el paso de cebra.

—Hala, ya puedes cruzar —le dijo—. Pero no te olvides de mirar primero a la izquierda y luego a la derecha. Yo te vigilo desde aquí.

Frídotin estaba que tronaba, pero no le quedó más remedio que obedecer a la señora y mirar primero a la izquierda y luego a la derecha como si fuera un crío estúpido. Aunque así era precisamente como se había comportado: como un crío estúpido.

—Los adultos a menudo se comportan como críos —pensó mientras cruzaba la calzada por el paso de cebra—. Incluso puede que esa señora me haya salvado la vida.

Frídotin se sintió de pronto muy avergonzado. No volvió a mirar a la mujer. En cuanto alcanzó la otra acera, se alejó enseguida de aquel lugar. Finalmente, encontró un quiosco. ¡Menos mal! Allí al menos habría algún periódico decente y quizá algo para comer.

Frídotin se puso de puntillas para ver qué había en el mostrador.

—¿Qué querías, chiquitín? —preguntó la quiosquera.

—Déme un diario y una revista de actualidad —contestó Frídotin.

—¿Qué tal si me lo pides «por favor»? —susurró la quiosquera.

—¡Qué más dal! —respondió Frídotin, que no tenía ganas de charlar y quería que lo dejaran tranquilo.

—Seis marcos con sesenta —dijo la quiosquera.

Frídotin metió la mano en el bolsillo del pantalón. Tenía exactamente dos marcos.

—Apúntemelo —dijo Frídotin—. Luego vengo a pagárselo.

—¿Cómo dices? —preguntó la mujer asomando sus enormes pechos por encima del mostrador, de tal modo que Frídotin temió por un momento quedar enterrado bajo ellos.

—Apúntemelo, POR FAVOR —repitió Frídotin—. Y ahora, CON SU PERMISO, renego queirme.

Frídotin agarró los periódicos y echó a correr.

—¡Maldito granujal! —le gritó la quiosquera—. ¡Tus padres deberían sentirse avergonzados!

Frídotin se metió por una bocacalle. No sabía que unos pechos grandes y gordos que se desbordaban por el mostrador de un quiosco podían asustar tanto. Entonces vio a una mujer con las bolsas de la compra.

—¿Dónde hay por aquí una cafetería? —preguntó Fridolin—. Quiero decir: ¿podría usted decirme dónde hay una cafetería?

—Pero, hijo mío, deberías ir al colegio y no a una cafetería —le riñó la mujer—. En mis tiempos, jamás nos hubiésemos atrevido a hacer novillos así como así.

«Dios mío —pensó Fridolin—, pues sí que es difícil ser niño. Pero si yo sólo quiero hacer lo que a mí me dé la gana. ¿Por qué han de meter los adultos sus narices en mis asuntos? ¿Y por qué me hablan desde ahí arriba? Habría que obligarlos a agacharse cuando se dirijan a un niño.»

Finalmente, encontró una cafetería. Se sentó en una mesa y se puso a leer el periódico. A ver si por fin podía tener un poco de paz.

—Dime, pequeniín —preguntó la camarera—, ¿a quién estás esperando?

—A nadie —contestó Fridolin—. Por favor, tráigame un café y un sándwich y no me haga más preguntas.

—Y ¿dónde está tu mamá? —preguntó la camarera.

—En casa, supongo —contestó Fridolin—. ¿Quiere saber algo más?

—No, no —se apresuró a decir la camarera. Fridolin la vio correr detrás del mostrador para contárselo todo a la otra camarera, que también tenía unos pechos enormes.

—Mujeres... —suspiró Fridolin—. No pueden quedarse calladas.

La camarera volvió con una taza de *cola-cao*.

—Esto es mejor para ti —le dijo—. El café sabe muy mal, ¿sabes?

—Querida señora —protestó Fridolin—, por el momento sigo siendo yo quien decide qué me sabe bien o mal. Llévase esto y tráigame un café y un paquete de cigarrillos. ¿Dónde está el teléfono?

—Allí detrás —dijo la camarera, desconcertada.

Fridolin se bajó de la silla y apartó a la camarera para poder llegar hasta el teléfono.

Le había llegado la hora a la moneda de dos marcos. Fridolin llamó a casa para hablar con mamá.

—¡Hijo mío! —gritó mamá toda nerviosa—.

¿Qué ocurre?

—Tranquila —respondió Fridolin—. Estoy en la cafetería *Mubes* y me he quedado sin blanca.

¿Podrías traerme un poco de dinero?

—Pero ¿qué haces tú en una cafetería? ¿Y para qué necesitas el dinero? —preguntó mamá—. ¿Por qué no estás en el colegio?

—Mira, cariño... —le dijo Fridolin a mamá—. No creo que sea mucho pedir. He olvidado el maletín y no tengo dinero para pagar el café. Te agradecería mucho que me trajeses un billete de

cien marcos. Pero date prisa, que estoy aquí parado y todo el mundo me mira.

Luego colgó el teléfono.

La camarera clavó la mirada en Frídolin, al igual que la mujer de detrás del mostrador y las cotillas que estaban sentadas en las mesas. Y todas tenían unos pechos que metían miedo.

Frídolin volvió a subirse a la silla, se sirvió una taza de café y encendió un pitillo. Tenía que tranquilizarse un poco. La verdad es que había olvidado lo estresante que era ser niño.

—¡Menudo golfo! —comentó una mujer—. A ése le daría yo unos buenos azotes si fuese mío.

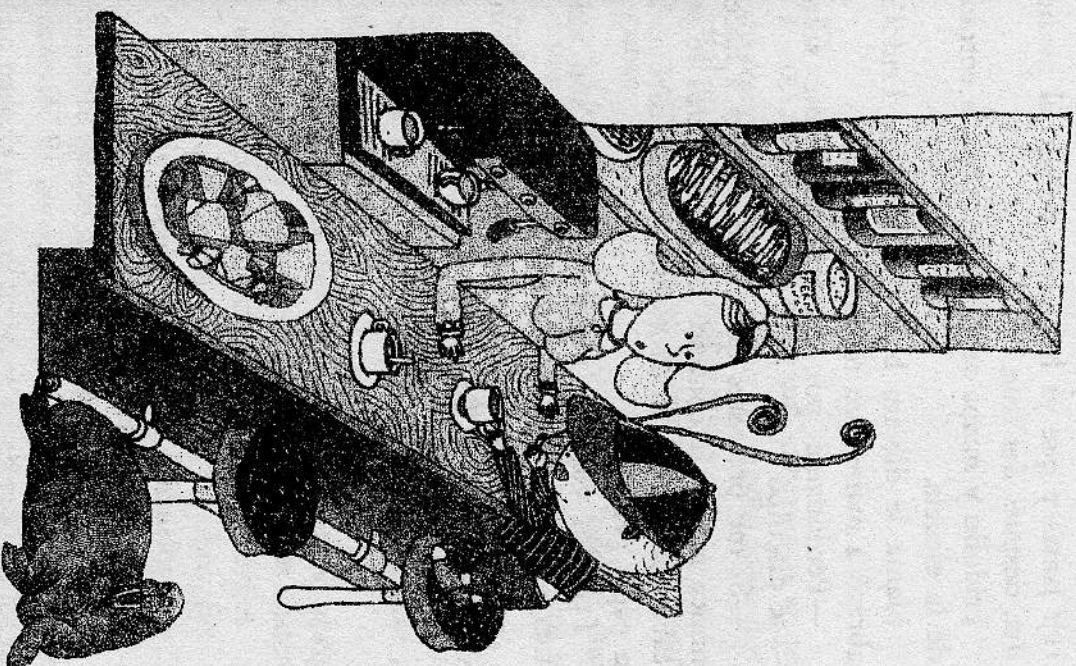
Frídolin aprovechó para leer el periódico hasta que llegara mamá. ¡Pues sí que tardaba! Por fin entró corriendo en la cafetería con el cochecito del bebé. Parecía muy preocupada.

—¡Frídolin! —gritó—. ¡Hijo mío! ¿Qué ha ocurrido?

Frídolin apagó el cigarrillo.

—Nada —contestó.

Luego se levantó y la miró con carita de inocente. Él tenía prisa en marcharse, pero mamá insistió en acompañarlo hasta la escuela. Se puso toda colorada al pagarle a la camarera y luego agarró a Frídolin por el brazo y le riñó, y se notaba que sentía una vergüenza tremenda delante de toda aquella gente. Frídolin consiguió soltarse y volvió corriendo a la cafetería porque



se le habían olvidado los periódicos. Y mamá le dijo que esperaba que aquello no volviese a ocurrir jamás y que ya hablarían de ello al mediodía, después del cole.

Fridolin y mamá se despidieron en la entrada de la escuela.

Mamá le dio un beso a Fridolin y Fridolin abrazó a mamá con todas sus fuerzas.

—Perdóname por meterte semejante sustro —se disculpó.

—Si me prometes que no lo vuelves a hacer nunca más —le contestó mamá mientras se secaba una lágrima de la mejilla— no le diré nada a papá. ¿Vale?

Fridolin volvió a abrazar a mamá aún más fuerte que antes y se quedó mirándola.

—Eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida —le dijo—. Tenía que decírtelo.

Y, acto seguido, se fue corriendo para clase.

**P**APÁ, que había echado una cabezadita, se quedó muy sorprendido al ver que todos los señores estaban de pie y carraspeando.

—¿Se ha acabado ya la reunión o qué? —preguntó.

—La verdad es que no parece que se haya divertido usted mucho —le dijo uno de los señores con sorna.

—Vosotros sois los que no queréis divertir os conmigo —se quejó papá, dolido—. ¡No es justo! Siempre tengo que aburrirme y nadie quiere jugar conmigo.

Los señores de la reunión se pusieron el abrigo, cogieron sus maletines y guardaron sus ordenadores portátiles, sus cigarrillos y sus móviles.

Papá, que había convertido muchos fax en aviones de papel, comenzó a lanzarlos por los aires. Le habría gustado enseñarle sus dibujos al hombre gordo que estaba junto a él, pero no se atrevió. El gordo se estaba fumando un puro y no parecía particularmente interesado en los tan-

ques, los helicópteros y las tortugas *minija*. Todos salieron al pasillo a esperar el ascensor. Papá enrolló los dibujos y, cuando fue a meterlos en el bolsillo de la chaqueta, encontró su manajo de llaves. Se abrió paso entre los que esperaban el ascensor y les mostró las llaves, orgulloso.

—¿Queréis que os diga qué llaves son éstas?

—Adelante —le contestó uno de los señores—. Si lo considera de interés...

Y el grupo se inclinó inquirido sobre el manajo de llaves.

—Bueno, pues esta roja es la de la puerta de mi casa y la amarilla es la de la vecina y ésta es la de la verja y ésta es la del garaje y ésta es la de la bici y ésta es la llave de la caja fuerte y esta pequeñita es la de la alarma —presumió papá.

—¡Qué interesante! —dijo uno de los señores, y luego se metieron todos en el ascensor.

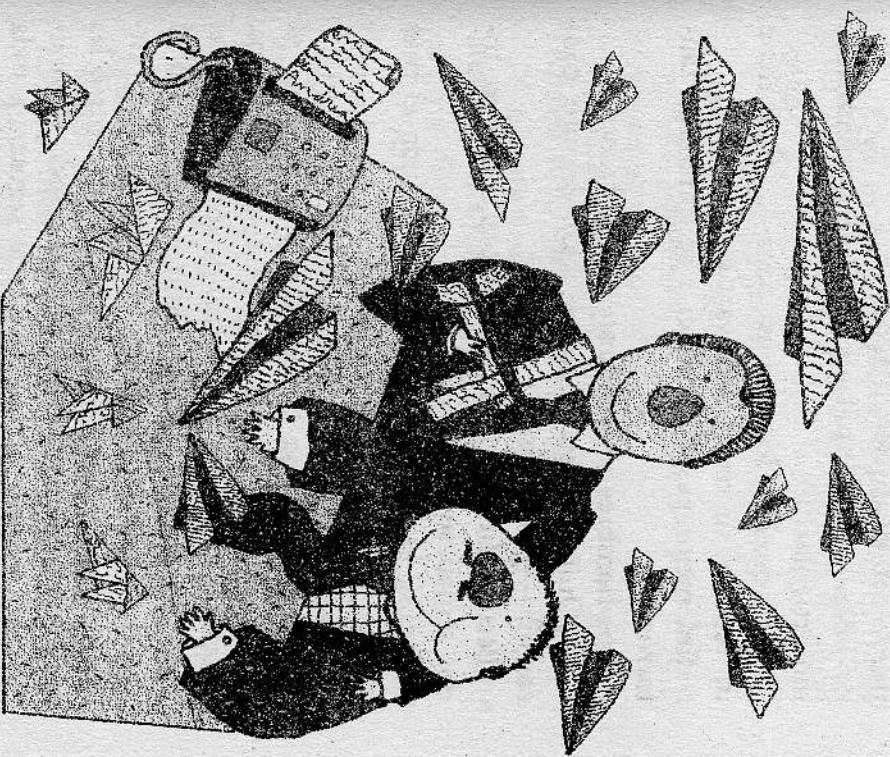
—¿Quién quiere ver mis dibujos? —preguntó papá.

Pero los hombres estaban conversando y ninguno quería ver tortugas *minija*.

Seguro que se habían quedado todos muy impresionados con el manajo de llaves.

En la calle había unos niños jugando con sus monopatines.

Los hombres los bordearon sin dejar de charlar y se dirigieron a sus coches.



Papá se detuvo.

—A mí también me van a regalar un monopatín para mi cumple —le explicó al gordo del puro—. Y tú..., ¿tienes uno?

—No —contestó el gordo—. Tengo reumatismo articular.

—¿Y qué? —le contestó papá—. ¿Qué tiene de especial tu reumatismo articular?

Era mejor pasar de aquel tipo. ¡Menudo fanfarrón!

Los hombres se metieron en los coches.

—¿Quién quiere sentarse aquí delante conmigo? —gritó papá.

Pero nadie quería ir de copiloto con papá: todos tenían su propio coche.

Eso sí: el coche de papá era sin duda el más rápido.

—Seguidme todos —gritó él.

Ahora sí que se sentía orgulloso. Se subió al coche, abrió la capota, empezó a dar bocinazos, encendió las luces de alarma y los limpiaparabrisas y después puso la radio a tope y pisó el acelerador hasta que todo el mundo quedó envuelto en una nube de humo. Luego recorrió las calles a toda pastilla adelantando a todo el mundo. Los señores de la reunión le seguían a toda prisa y se lo pasaron pipa. Unos minutos después, entraron en el aparcamiento del *McDonald's* seis coches negros que frenaron junto al tobogán con

un fuerte chirrido. Papá se bajó del coche. Antes de nada, quería jugar un poco, aunque el tobogán estaba mojado. Los otros se quedaron mirándole.

—¿Qué os pasa, pandilla de aburridos? —les gritó papá—. ¿No os apetece tiraros por el tobogán?

Y entonces el gordo apagó su puro, se subió resoplando al tobogán y dijo:

—Hace siglos que no me tiro por un tobogán, como tengo reumatismo...

—Anda, deja ya de presumir con tu estúpido reumatismo —le contestó papá.

Y entonces el gordo se tiró por el tobogán, aterrizó en el suelo con una sonrisa de oreja a oreja y dijo:

—Tienes razón. Es mejor que me olvide de vez en cuando de mi reumatismo.

De repente, a todos los demás también les entraron ganas de probar. Así que dejaron sus maletines tirados por el suelo y empezaron a subir con sus elegantes trajes por las escaleras.

—Yo también sé hacerlo panza abajo —gritó papá, y luego todos intentaron imitarlo.

Unas madres que estaban en el aparcamiento con sus niños miraban a los hombres y se reían. Cuando se cansaron, entraron todos juntos en el *McDonald's*. Se les veía bastante desaliñados con sus trajes oscuros llenos de barro y de manchas; y, además, tenían las manos sucias. Pero

nadie les ordenó que se las lavaran y a papá eso le pareció genial.

—¿Quién quiere un *happy-meal*? —preguntó papá y todos contestaron que querían uno. Después se sentaron en el tióvivo y se comieron sus hamburguesas y sus patatas fritas y se pusieron a comparar las figuritas que les habían tocado.

—¡El mío trae una tortuga *minú!* —gritó papá. El gordo que estaba sentado a su lado le contestó:

—¡A mí me ha tocado un dinosaurio! ¡Genial! Todos se tomaron sus *caca-colas* y el gordo se bebió una cerveza.

—¿Te gusta la cerveza? —preguntó papá, extrañado.

—Claro —contestó el gordo—. ¿Quieres probar?

Papá hizo un gesto de asco.

—Mi padre me dejó probarla una vez, cuando hicimos una parrillada en el jardín, pero sabía asquerosa.

—Y, dime, ¿cuántos años tiene tu padre? —preguntó el gordo.

—Yo qué sé —contestó papá—. Tendrá cincuenta u ochenta o algo por el estilo.

—Ah, vale —dijo el gordo mientras se acababa la cerveza—. La verdad es que da exactamente igual cuántos años tiene tu viejo.

Y entonces se desternillaron los dos de risa.

**F**RÍDOLIN, que en realidad era papá, estaba sentado con mamá en la mesa de la cocina comiendo espaguetis con salsa de tomate. Enrollaba los espaguetis cuidadosamente con el tenedor y, después de cada bocanado, se limpiaba la boca con la servilleta. Mamá estaba encantada con sus buenos modales.

—Esto está delicioso —dijo Frí dolin—. Debería comer más a menudo en casa.

—Pero si vienes todos los días a comer a casa —dijo mamá, sorprendida.

—Pues me envidio a mí mismo —comentó Frí dolin antes de tomar un traguico de agua mineral sin eructar.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó mamá, preocupada.

—Fenomenal —contestó Frí dolin—. Me parece maravilloso poder dedicarte por fin un poco de tiempo.

Mamá se rió.

—Bueno, dime: ¿qué te apetece hacer esta tarde?

—Me encantaría dormir una siestecita. Y después podemos ir a dar un paseo con el bebé —propuso Fríдолin.

—¿Estás enfermo? —preguntó mamá poniéndole la mano en la frente.

—Seguro que a ti también te apetece acostarte un ratito —dijo Fríдолin—. ¿Qué te parece si nos ponemos cómodos y descansamos un poco? Mamá abrió los ojos con asombro.

—¿Qué deberes te han mandado para hoy?

—Ya está todo liquidado —la tranquilizó Fríдолin—. Que no se agobie tu preciosa cabecita por eso.

Pero mamá insistió en ver los ejercicios de matemáticas, así que Fríдолin sacó el cuaderno de la mochila y se lo puso delante de las narices.

—Me utilizado la calculadora y ya está —dijo Fríдолin—. Me ha dado por ahí y he liquidado todo el libro de matemáticas en treinta y cuatro minutos.

—¿Y cuándo has hecho eso? —preguntó mamá.

—Durante la clase de manualidades —contestó Fríдолin.

—¿Y qué os han mandado hacer?

—Ni idea —dijo Fríдолin—. Sea lo que fuera, seguramente era algo que no servía para nada.

—¿Y por qué no has participado?

—Pues porque yo para pasar el rato prefiero jugar un poco con el ordenador —contestó Fríдолin—, y no confeccionar una especie de guano con lana, papel y saliva.

—Pero tienes que participar en la clase de manualidades —dijo mamá enfadada—. ¿Y la maestra te ha dejado utilizar la calculadora?

—Qué quieres que te diga, cariño —le respondió Fríдолin—. Hoy en día, hasta el último mono utiliza una calculadora. Así que no te enfades y deja de hacerte la remolona. Anda ven, subamos unas copias de champán y aprovechemos el tiempo mientras duermes el bebé.

—¡Fríдолin! —advirtió mamá con tono severo—. Si no quieres que me enfade, será mejor que te sientes ahora mismo a hacer la redacción. Después podemos ir al parque. Primero el tra-bajo y luego la diversión.

—Siempre eres tú la que decide lo que hay que hacer —le reprochó Fríдолin.

—Eso no es cierto —contestó mamá—. Ayer fuiste tú el que lo decidí.

—Y hoy también quiero ser yo el que tome las decisiones —dijo Fríдолin.

—No —respondió mamá—. Hoy decido yo. Y decido que vas a hacer los deberes de lengua.

Fríдолin sacó su cuaderno de lengua de la mochila.

—«Todo lo que sabe hacer mi mamá» —leyó Frí dolin en voz alta—. Ése es precisamente el tema de hoy.

Mamá sonrió.

—Pues manos a la obra. Mientras tanto, yo guardo las cosas del lavavajillas.

—Mira que hacerle más caso a ese estúpido lavavajillas que a mí... —refunfuñó Frí dolin.

—Tienes que acostumbrarte a trabajar por tu cuenta —le dijo mamá.

—¿Qué crueles son las mujeres! —suspiró Frí dolin—. No se me ocurre nada para la redacción.

—A ver, dime: ¿qué sé hacer yo? —preguntó mamá—. No creo que sea tan difícil, ¿no?

Frí dolin abrió el cuaderno, cogió un boli y escribió con letra ilegible: «Mi mamá sabe, cuando quiere. Pero desde que tenemos el bebé, ya no quiere hacer nada de nada».

Mamá echó un vistazo por encima del hombro de Frí dolin.

—¿Se puede saber qué significa esto?

—Nada, mujer —contestó Frí dolin—. A mí me parece que ser niño no es nada fácil.

—Pues ser mamá es aún mucho más difícil —respondió ella—. Pero si quieres cambiar conmigo, yo encantada.

Frí dolin cerró los ojos.

—No. Mejor, no. Ahora mismo mis nervios no lo soportarían.

**P**APÁ había vuelto a la oficina y se aburría. Desgraciadamente, sus nuevos amigos del *McDonald's* habían tenido que irse todos a sus respectivas empresas, y papá se sintió de repente muy solo. Asomó tímidamente la cabeza por la puerta.

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

La secretaria acudió al instante.

—Usted perdone —se disculpó—. Me pidió que le cogiese hora para la peluquería.

—No es verdad —contestó papá.

—Lo siento —respondió la secretaria—, pero le aseguro que es cierto.

—No es verdad —repitió papá.

—Pero sí...

—Ahora tienes que decir «sí es verdad» —le explicó papá.

—Sí es verdad —contestó la secretaria, apabullada.

—No es verdad —replicó papá todo satisfecho.

—¡Sí es verdad!

—¡No es verdad!

Papá y la secretaria aún estuvieron repitiendo «no es verdad, sí es verdad» unas veinte veces hasta que la secretaria acabó diciendo:

—En resumidas cuentas, tiene usted hora para las tres y después ha quedado para jugar al tenis con un socio.

—Otra cita —observó papá, irritado—. Lo del tenis no me importa, pero ¿es realmente necesario que vaya a la peluquería?

—Sí —respondió la secretaria—, si he de serle sincera. Y también debería usted pasar por la tintorería.

—¿Y aún falta mucho? —preguntó papá.

—¿Para qué?

—Pues para que empiece eso.

—Media hora —contestó la secretaria—.

¿Puedo hacer algo por usted mientras tanto?

—Podrías jugar un poquito conmigo —propuso papá—. Eso sí que estaría bien.

La secretaria se puso roja.

—No creo que eso forme parte de mis obligaciones.

—Pues entonces para qué preguntas, si puede saberse —replicó papá dolido—. Primero quieres saber si puedes hacer algo por mí y luego me dices que no. Y eso que podríamos jugar un rato con los cromos de coches.

—¿Cromos de coches? —preguntó la secretaria, que empezaba a quedarse sin aliento.

—Bueno, vale —admitió papá—. Puede que a ti no te guste jugar a eso. Pero ¿qué tal si jugamos al *monopoly*?

—Me temo que aquí no tenemos ninguno

—contestó la secretaria—. Además, eso llevaría demasiado tiempo.

—Entonces, mejor no —exclamó papá—. Odio todo lo que lleva mucho tiempo.

La secretaria se quedó perpleja y no sabía qué decir.

—Y supongo que tampoco tenéis un parchís —preguntó papá— o el tres en raya o el juego de la oca.

—Me temo que no —contestó la secretaria.

—Bueno, pues tendré que aburrirme un rato —dijo papá, resignado.

La secretaria sintió pena por él.

—¿Sabe a qué solíamos jugar en la escuela cuando nos aburríamos?

—No —contestó papá—. ¿Cómo voy a saberlo?

—A los barcos —dijo la secretaria.

—¿Cómo se puede jugar a eso sin barcos? —preguntó papá, escéptico.

—Preste atención.

La secretaria fue a buscar dos hojas de cuadritos y luego se sentó en el suelo y le explicó a papá cómo se juega a los barcos. Tras colocar unos cuantos archivadores entre los dos para evi-

tar que ninguno de los dos hiciera trampas, empezaron a jugar. Una vez que entendió cómo funcionaba el juego, papá se lo pasó bomba. La secretaria lo dejaba ganar porque se alegraba de verlo tan contento.

—Esto tengo que enseñárselo a mamá —dijo con los ojos brillantes.

—Ahora sí que tiene que irse a la peluquería —le recordó la secretaria—. Van a dar las res.

—¡Jooo! —Lloriqué papá—. ¡Justo ahora que me lo estaba pasando tan bien!

—Mañana será otro día —lo animó la secretaria.

—Sí, pero no para mí —refunfuñó papá.

Sin embargo, la secretaria no dio su brazo a torcer y mandó a papá a la peluquería. Además, no había entendido aquella última observación.

**F**RÍDOLIN ya había terminado la redacción y, como mamá seguía arriba con el bebé, aprovechó para ordenar un poco los discos compactos. Tras sacarlos de la estantería, se puso a leer todos los títulos y a ordenarlos encima de la alfombra. Y ya que acababa de encontrar su disco preferido —la *Novena Sinfonía* de Beethoven—, encendió el aparato de música, se puso los cascos y comenzó a dirigir la orquesta con una batuta imaginaria mientras ordenaba las cassetes y también los vídeos. Luego fue por un par de cables y aprovechó para conectar el nuevo controlador automático. Lo estaba pasando tan bien que no se dio cuenta de que mamá había vuelto a bajar con el bebé.

—¡Fridolini! —gritó mamá—. ¿Quién te ha dado permiso para hacer esto?

Fridolin no podía oír lo que decía mamá, pero la veía gesticular y le pareció muy triste que tuviese que acabar de ese modo una tarde tan hermosa y tranquila. Y en lugar de quitarse los

cascos, se puso a catar con todas sus fuerzas y luego gritó:

—Hacia siglos que no escuchaba esta sinfonía, y eso que es una pieza alucinante. Mira, he ordenado los discos compactos por orden alfabético; así los encontraremos a la primera.

Mamá se quedó muy sorprendida y se sentó con el bebé en el suelo. Como era de esperar, el bebé también quería ordenar las casetes y arrojar los discos a la otra esquina del salón.

Fridolin agarró al bebé, le dio un beso en cada mejilla y comenzó a lanzarlo por los aires.

Pero mamá le arrancó el bebé de los brazos, le quitó los cascos y le dijo que ella ya estaba lista y que ya podían salir.

—¿Adónde quieres que vayamos, cariño? —preguntó Fridolin—. ¿Por qué no vamos a la ópera o a un concierto, para variar?

—Para empezar, vamos a ir al parque —le contestó mamá—. Ahí seguro que habrá niños de tu edad.

—Eso me temo —suspiró Fridolin.

Pero, como sabía que de todas formas siempre había que hacer lo que ella quería, recogió cuidadosamente los discos, las casetes y los vídeos y volvió a colocar los cascos en su sitio.

EN la peluquería había dos hombres esperando su turno.

—Buenos días, caballero —saludó el barbero—. Tome asiento, por favor.

Papá escogió un sillón con forma de cisne y empezó a jugarrear con la palanca que había debajo del asiento y, mira por dónde, funcionaba de manera muy similar al sillón de la oficina.

Papá hizo subir al cisne y casi se golpeó la cabeza en el techo.

Desde allá arriba, dominaba toda la peluquería.

Picado por la curiosidad, inspeccionó las estanterías y los cajones superiores. Había un montón de objetos interesantes, como por ejemplo: brochas, cepillos, peines y bigudíes. Algunos bigudíes podían servir de tirachinas porque tenían gomas, y con otros se podían formar montones; aunque, la verdad, aquellos bigudíes no tenían ningún interés. En la última estantería había unos bores. Papá intentó pulverizar el techo con

un poco de pintura, pero en lugar de pintura salió una laca que olía fatal.

Descubrió también unas barras de labios, que abrió y cerró una a una, aunque no se atrevió a pintar con ellas porque se figuraba que estaba prohibido. En el espejo, tropezó con la mirada sorprendida de los otros dos clientes que también habían venido a cortarse el pelo.

—¿Sabéis jugar a los barcos? —preguntó papá—. Es muy fácil. Uno dice F4 y el otro contesta «agua», «tocado» o «hundido».

—¡Ay, sí...! —recordó uno de los señores—. A eso solíamos jugar en la escuela.

—Por cierto, ¿alguno de vosotros padece reumatismo articular? —preguntó papá, deseoso de charlar un ratito.

—Yo no —contestó un cliente.

—Yo tampoco —dijo el otro.

—Mi suegra si que padece esa enfermedad —recordó el primero.

—Mi amigo también —anunció papá, orgulloso—. Pero, en cambio, no tiene monopatín.

—No me diga —observó uno de los señores—. Qué interesante.

—¿Os dejan tomar *coca-cola*? —preguntó papá—. A mí no me dejan. Al menos no en presencia de mamá.

—A mí no me dejan tomar aguardiente —comentó el otro cliente—. Al menos no en presencia de mamá.

Los hombres se tronchaban de la risa.

—Qué... pasándolo bien, ¿eh? —preguntó el barbero—. ¿Por qué no se pone un poco más cómodo?

El barbero hizo bajar el cisne.

—¡Hundido! —gritó papá.

El barbero cogió una bata grande, se la colocó a papá con mucho garbo y se la ató por detrás. Luego cogió una cinta de papel y se la pegó alrededor del cuello.

—¿Qué desea hoy el caballero? —preguntó el barbero.

—En realidad, yo no quería venir a cortarme el pelo —dijo papá.

—Pero, al final, si ha venido —replicó extrañado el barbero.

—Sí, es cierto —admitió papá—. Pero sólo porque me ha obligado mi secretaria.

—Vamos a acabar con esto en un pispás —lo tranquilizó el barbero—. Usted confíe en mí.

Pero papá no estaba de acuerdo.

—Siempre tengo que quedarme quieto y siempre me pica muchísimo. Además, esta ridícula bata es lo más horrrera que he visto en mi vida.

—¿Qué tal un buen afeitado? —sugirió el barbero—. Así variamos un poco.

—Seguro que eso también pica.

—Sí, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? —preguntó el hombre, desconcertado.

—¿Me prestas un momento tus tijeras? —preguntó papá.

—Aquí tiene —dijo el barbero—. ¿Y ahora qué?

—Ahora te corto yo el pelo —contestó papá—. Anda, siéntate en el cisne.

—Se lo ruego, señor... —dijo el barbero.

—Yo también se lo ruego —contestó papá—. Venga, que si no, no es justo.

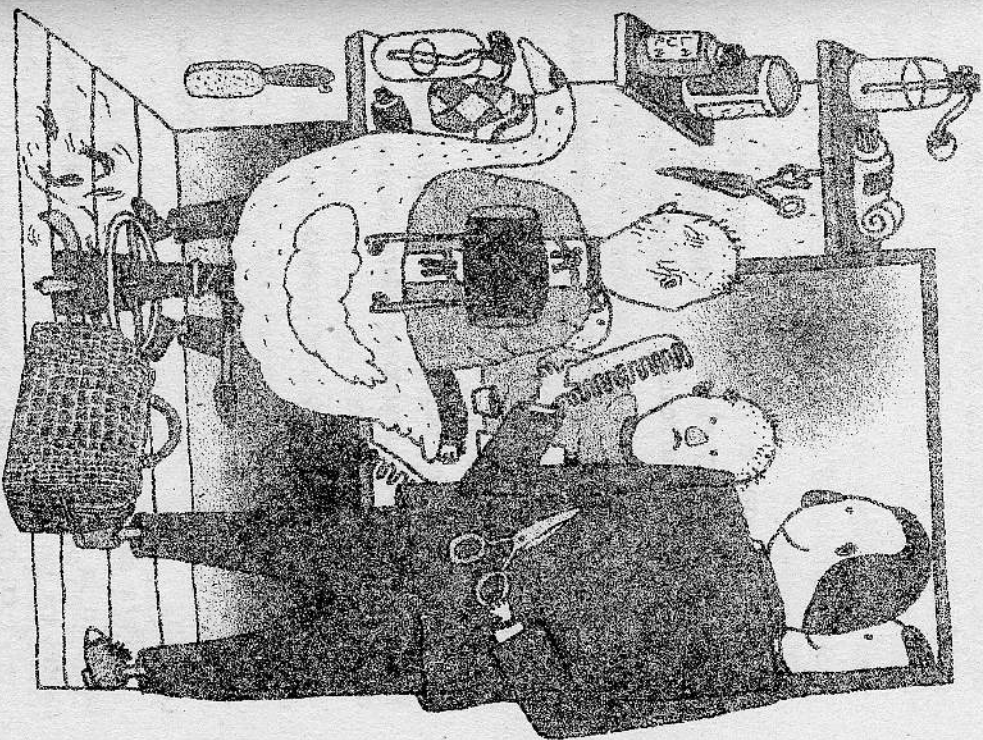
Así que el empleado se sentó en el cisne y papá le dio a la palanca hasta que quedó a la altura adecuada. Entonces papá cogió las tijeras y le cortó el pelo. Cuando ya no quedaba casi nada de la cabellera del barbero, papá dijo satisfecho:

—¡Ha quedado superguay!

Los otros dos clientes le dieron la razón, pero el barbero no estaba nada contento.

Y ya que cortar era tan divertido, papá aprovechó para meterle unos cuantos tijeretazos a la bata.

—Yo me hago responsable de todo si te riñe tu mamá —dijo papá—. Pero ahora tengo que irme a jugar al tenis.



**F**RÍDOLIN, que en realidad era papá, estaba sentado con mamá y el bebé en un banco del parque. Seguía canturreando la *Nozema* de Beethoven.

—Anda, ve a jugar un rato en la arena —dijo mamá.

—¡Nooo...! —contestó Fríдолin—. Se me mancharían los pantalones.

—Bueno, ¿pues por qué no te columpias un poco? —lo animó mamá—. Mira, acaba de quedar un columpio libre.

—Déjame tranquilo —contestó Fríдолin— y no me agobies.

—Mira, ahí está la excavadora de Christopher —observó mamá—. Podrías jugar un poquito con ella.

—Para de meterte conmigo y no me des la lata con la excavadora. Tengo cosas más importantes en las que pensar.

—¿Y en qué piensas, si puede saberse? —preguntó mamá.

—En la declaración de hacienda —contestó Fríдолin.

Justo entonces apareció Christopher con un nuevo gorro en la cabeza y acompañado de su abuela.

—Déjeme que le diga cuatro palabras a este jovencito —dijo la abuela de Christopher plantándose delante de Fríдолin—. ¿Sabe usted lo que hizo ayer su hijo?

—No. ¿Qué hizo mi hijo? —preguntó Fríдолin preocupado.

—¡Menuda frescura! —gritó la abuela de Christopher.

—Pero tome asiento, señora —dijo Fríдолin levantándose del banco—. Se la ve a usted muy afectada.

La abuela de Christopher se sentó. Era bastante gruesa, y como había estado corriendo tuvo que recuperar el aliento.

—A los mocosos maleducados como tú —prosiguió cuando pudo hablar— en mis tiempos les zurrábamos con un sacudidor de alfombras y los encerrábamos en un cuarto oscuro.

—Sí... los métodos educativos de antaño eran muy crueles —confirmó Fríдолin—. Yo aún recuerdo una vez que mi madre me dio en el trasero con una cuchara de palo hasta partirla en dos, porque se me había ocurrido meter un sapo en la pila del agua bendita de la iglesia.

—¡FRÍDOLIN! —gritó mamá—. Pero ¿QUÉ DICES?

—Bueno, eso fue hace muchísimo tiempo —la tranquilizó Fríдолin—. Hoy no haría yo algo así ni loco.

Christopher tenía los mofletes muy colorados. Probablemente, las orejas también; pero no se podía saber, porque llevaba puesto su gorro nuevo.

—¿Qué es lo que ha hecho? —volvió a preguntar mamá.

—El gorro... —jadeó la abuela de Christopher—. ¡Ha enterrado el gorro! ¡Lo ha enterrado en el barrol! ¡Era un gorro estupendo!

—Pero si lo lleva puesto —dijo mamá, sorprendida.

—Sí, pero es otro. El de antes era de punto, hecho a mano —explicó la pobre mujer.

—Ande, no se ponga usted así —la animó Fríдолin—. Son las chiquilladas de siempre. Los niños tienen esas malas ideas, qué se le va a hacer.

—¡Fríдолin! —le riñó mamá—. ¡No te hagas el histillo!

—Podemos desenterrarlo —propuso Christopher.

—Eso es —asintió Fríдолin—. Desentérralo. Ya sabes dónde está, ¿no?

—Allá, junto a los arbustos —explicó Christopher.

—Pues entonces —dijo Fríдолin—, coge tu pala y desentérralo, ¿de acuerdo?

—Pero tú tienes que ayudarme —dijo Christopher.

—Puedes arreglártelas tú solito, anda.

—Encima es vago —observó la abuela de Christopher toda acalorada—. Malo y vago.

—En mi opinión, ya hemos dedicado demasiado tiempo a la cuestión del gorro —dijo Fríдолin—. Y ahora, si hace el favor de disculparnos, me gustaría descansar un poquito.

—¡Fríдолin! —gritó mamá, enfadada—. Ve ahora mismo a desenterrar ese gorro. Ya me encargaré yo de descontar los gastos de la tintorería de tu paga.

—Es lo mínimo que debería hacer —dijo la abuela de Christopher fuera de sí.

Fríдолin no tuvo más remedio que ayudar a Christopher a desenterrar el estúpido gorro, que se había convertido en un bulto húmedo y verdoso, cubierto de arena, hojás y barro. Fríдолin lo sacudió y se lo devolvió a Christopher.

—Qué poco sentido del humor tienen las mujeres —dijo—. Lo siento, pequeñañ.

—Bueno, pero lo pasamos bien —observó Christopher—. Y, además, picaba un montón.

**P**APÁ, que en realidad era Fridolin, entró con el coche en el aparcamiento del club de tenis y, para presumir un poco, volvió a pisar un par de veces el acelerador. Su socio ya le estaba esperando.

—¿Qué hay, chaval? ¿Cómo van las cosas?

—Ya has visto mi coche? ¿No te parece genial? —preguntó papá.

—Sí, claro —contestó el socio—. Anda, vamos, que si nos descuidamos, vamos a echar raíces.

—Pero hoy tienes que dejarme ganar —exigió papá mientras se bajaba del coche.

—Ya veremos —contestó el socio.

Primero pelotearon un poco como calentamiento. El socio lanzó unas cuantas pelotas durísimas al otro lado de la red y papá tuvo que encoger la cabeza para evitar que le diese.

—Te odio —gritó—. ¡No es justo!

—¿Qué pasa? Parece que no estás muy en forma —observó el otro.

—Paso de jugar —dijo papá, enfadado.

—Pero si ni siquiera hemos empezado.

Y entonces papá se fue corriendo como un loco hasta la línea de fondo para sacar, pero la pelota fue a parar a la cancha de al lado, donde había cuatro mujeres jugando una partida de dobles.

—Ya puedes ir tú a buscarla —gritó papá, enojado—. ¡Ha sido culpa mía!

—Pero ¿qué te pasa, chico? —preguntó su contrincante, sorprendido. Ann así, saltó al otro lado de la red para ir a recuperar la pelota.

Papá aprovechó esta ocasión única: se colocó en la línea de fondo y lanzó un saque impresionante del otro lado de la red. ¡La pelota aterrizó exactamente en el campo adecuado! ¡Genial! El socio de papá tardó un poco en llegar porque se paró a charlar con las mujeres de al lado.

—¡Quince a cero! —gritó papá.

El otro retornó su posición.

—¿Qué has dicho?

—¡Quince a cero! —repitió papá—. Y ahora date prisa que empiezo a aburrirme.

El socio se quedó tan pasmado que papá continuó meter otra pelota en su campo.

—¡Treinta a cero! —exclamó, triunfante.

Pero luego el otro tenista se recuperó y las pelotas pasaban rozando las orejas de papá. En un periquete ganó el primer set.

—Yo no juego más —refunfuñó papá tirando su raqueta al suelo.

—Pero si éste sólo ha sido el primer set —replíco su contrincante.

—Da igual.

Papá estaba tan enfadado que empezó a llorar como una magdalena.

—Pero, chaval, ¿qué te pasa? —preguntó su amigo.

—Tú nunca me dejas ganar —lloriqueó papá—. ¡Bso no es justo!

Papá agarró la raqueta y la lanzó violentamente contra la esquina.

—Vale, vale. Si quieres ganar a toda costa, te dejo ganar —le propuso el socio.

—Demasiado tarde —dijo papá secándose las lágrimas con la camiseta—. Ahora me voy a casa, imbécil. Ademá, tú ya no eres mi amigo.

El socio se quedó perplejo y siguió a papá con la mirada.

—El tenis es un rollo! —masculló papá entre sollozos—. ¡No vuelvo a jugar en mi vida! ¡Mamá tiene la culpa de todo!

Luego pisó el acelerador y se marchó a toda velocidad.

**A**NTES de volver a casa, mamá, Fridolin y el bebé pasaron por el supermercado.

Mamá le dio a Fridolin una moneda de un marco.

—Toma, ve a buscar un carrito.

Él metió la moneda en la ranura y sacó un carrito de la fila. Era enorme y anchísimo y se empuñaba en ir justo en la dirección contraria a la que lo dirigía Fridolin. La barra le quedaba a la altura de los ojos. ¡Ay, si mamá supiera lo difícil que era!

Mamá colocó al bebé en la parte delantera del carrito y fue primero a la panadería.

—Diez panecillos —pidió.

Uno de los panecillos fue a parar directamente a la boca del bebé, y Fridolin también recibió uno.

—No gracias —dijo él—. Prefero una rosquilla.

—¿Se la doy? —le preguntó la vendedora a mamá.

—No — contestó mamá—. Si quieres, toma un panecillo, pero no quiero que comas cosas pegajosas y te pongas perdido.

—Escuchame con atención — dijo Fridolin fuera de sí—. Si me apetece una rosquilla, lo que quiero es una rosquilla. No voy a permitir que me lo prohíbas.

—Pues me temo que sí — contestó mamá—. Un panecillo o nada.

—¡Hay que fastidiarse! — gritó Fridolin—. ¡Pero es que a mí me apetece una rosquilla!

—En la vida no se puede tener todo lo que a uno le apetezca — contestó mamá con un tono exageradamente amable.

Fridolin, que en realidad era papá, había olvidado por completo lo pequeño que era. ¡Así son los adultos! Cuando a ellos les apetece algo, lo quieren enseguida. Y luego pretenden que los niños aprendan que no pueden tener al instante todo lo que se les antoje.

Fridolin puso mala cara.

—Ser pequeño es un rollo — soltó.

—Ande, ¿por qué no le da una rosquilla al pobre chaval? — dijo la vendedora toda compasiva.

—No — contestó mamá, implacable—. Cuando digo no, es que no.

Fridolin puso cara de ofendido y metió las manos en los bolsillos. Y ¿qué es lo que encontró? El marco que le quedaba de antes.

«Ya está — pensó—. Cuando mamá esté lejos, me compro una rosquilla y luego me escondo detrás del puesto de revistas y me la como sin que nadie me vea.»

Mamá pagó y se dirigió hacia la verdura.

Fridolin se quedó junto al puesto de revistas hojeando una publicación de informática.

—Fridolin, puedes ayudarme a pesar la fruta — propuso mamá.

—No me apetece — contestó él—. Hazlo tú. Eso es cosa de mujeres.

—Pues no pienso comprarte ningún tebeo, que lo sepas — gritó mamá—. Sólo mirar y ya está, ¿me oyes? ¡No toques nada!

«¡Jol! — pensó Fridolin—, pues sí que es difícil ser niño.»

Justo en el momento en que creía que no había moros en la costa, se le acercó una vendedora y le arrancó la revista de las manos.

—Esto es para que lo compre la gente — le riñó—, y no para que tú lo manosees con tus dedos pringosos.

—Será posible! ¡Déjeme en paz, vieja estúpida! — le espetó Fridolin en la cara—. ¡Ocupese de su trabajo!

La vendedora agarró a Fridolin por una oreja y lo arrastró hasta donde se encontraba mamá.

—¡Socorro! — chilló Fridolin—. ¡Esto es un atraco! ¡Policía!

—¿Es hijo suyo? —preguntó la vendedora con tono acusador.

A Fridolin le dolía muchísimo la oreja. Intentó morderle la mano a la vendedora, pero le quedaba fuera del alcance de los dientes.

Mamá se puso pálida.

—¡Suelte inmediatamente a mi hijo!

—Me ha llamado «vieja estúpida» —gritó la vendedora fuera de sí.

Por fin le soltó la oreja y Fridolin tuvo la sensación de que se había declarado un incendio.

—¿De verdad la has llamado «vieja estúpida»? —quiso saber mamá.

—¡Pues claro! ¡Quería quitarme mi revista de informática!

—Porque tiene las manos sucias —gritó la vendedora.

—No es verdad —replicó Fridolin.

«Si supieras quién soy en realidad —pensó—. no me tratarías así. ¡Soy un adulto! Y si fuese tan alto como de costumbre, me habrías dicho "¿puedo ayudarte en algo, señor?" y no me tratarías así. ¡Pues sí que sois malos los mayores!»

Mamá se inclinó hacia Fridolin.

—¡Pide disculpas! —le ordenó.

—No pienso hacerlo. Quiero hablar ahora mismo con el encargado —exigió mirando a la vendedora—. ¿Quién es su superior?

La vendedora se había quedado sin aliento.

Fridolin podía oír los latidos de su corazón.

Ahora dependía todo de mamá. ¿Se pondría de su lado o del de la vendedora?

Mamá miró a Fridolin frunciendo las cejas y luego miró a la vendedora.

La vendedora clavó su mirada en Fridolin como un águila.

El bebé seguía en el carrito chupeteando el panecillo.

—Yo también quiero hablar con el encargado —dijo mamá de repente.

Fridolin respiró aliviado. Mamá estaba con él. ¿Y qué hizo la dependienta? Se acuclilló delante de Fridolin, le agarró la mano y lloriqueó:

—Te pido disculpas, jovencito. No he debido emplear ese tono.

Fridolin le sonrió y dijo:

—Creo que yo tampoco. Le pido disculpas también. Pero no tiene usted ni idea de lo difícil que es ser niño.

Mamá también se agachó.

—¿Es eso cierto, Fridolin?

—No te dejan hacer nada —explicó él—. Los adultos siempre tienen que meterse en tus asuntos.

Mamá y la vendedora se miraron.

—En el fondo, tiene razón —dijo mamá.

—En el fondo, tiene razón —asintió la vendedora.

—Pues claro que tengo razón —dijo Fridolin.

lin—. Y ahora, si me disculpáis, voy a comprar-me una rosquilla.

Y con esas palabras dejó plantadas a mamá y a la vendedora.

Pero, en el fondo, ya no le apetecía la rosquilla. Ahora tenía más bien ganas de pescado. Y más valía que no se metiese nadie con él, que sino...

—¿Qué, chiquitín? ¿En qué puedo ayudarte?—preguntó la pescadera.

—¿Puede saberse por qué me llama usted chiquitín?—le dijo Frí dolin con tono amable—. ¿O acaso la he llamado yo a usted gorda?

La pescadera se rió.

—Tienes razón. Dime, ¿en qué puedo servirte?

Frí dolin pidió salmón ahumado y unas cuantas gambas. También compró caballas en escabeche y dos truchas frescas para cenar, que prepararía al horno con una rica salsa de limón.

Mamá pasó junto a él con el carrito de la compra.

—¿Dónde te habías metido? Te he estado buscando por todas partes.

—Esta noche te voy a preparar una trucha como no la has probado en tu vida—dijo Frí dolin mientras metía en el carrito una bolsa grande de la pescadería—. Sólo nos falta comprar limón y unas hojitas de salvia.

—Qué chico más apañado—dijo la pescadera impresionada—. Lo ha pedido todo él solito.

—Qué vendedora más excelente—replicó Frí dolin—. Me lo ha vendido todo ella solita.

Mamá se puso muy colorada, miró disimuladamente la etiqueta con el precio y siguió empujando el carrito. Luego Frí dolin metió en el carrito tres botellas de vino blanco, y mientras esperaban en la caja, la revista de informática y una cajetilla de cigarrillos. Mamá ya no decía nada. Empezaba a sospechar algo. La verdad era que Frí dolin no parecía Frí dolin. ¡En el fondo, se estaba comportando más bien como papá!

Luego la ayudó a meter la compra en las bolsas y comprobó la factura de la caja.

Mamá se lo quedó mirando un buen rato.

—Me parece que hoy te vas a ir pronto a la cama—le dijo.

**P**APÁ, o mejor dicho, Fridolin metido en el cuerpo de papá, estaba en la tienda de deportes de la esquina probándose unos patines en línea. Calzaba el 45 y eso tenía su complicación.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó el vendedor.

—No logro cerrar estas estúpidas hebillas —contestó papá.

Después del partido de tenis, no había conseguido atarse de nuevo la corbata, y ahora le colgaba del cuello como un babero. Papá se sentía fatal.

Aunque tenía unas ganas enormes de echarse a llorar, se aguantó como pudo.

—La verdad es que no es fácil cuando no se tiene costumbre —opinó el vendedor—. ¿Es usted principiante?

—¿Principiante yo? —contestó papá, indignado—. ¡Ni que fuera un bebé!

El vendedor le ayudó a ponerse de pie, lo que no resultó nada fácil. Papá y el vendedor estu-

vieron a punto de caerse contra los bastones de *hockey*, pero se agarraron el uno al otro. Papá dio con mucho cuidado unas cuantas vueltas por la tienda. La cosa iba bastante bien, aunque se tambaleaba un poco. El vendedor se secó el sudor de la frente.

—¡Cómo mola! —gritó papá—. ¡Esto es guay! Los clientes de la tienda se sobresalaron.

—¡Mirad lo que sé hacer!

Papá bordeó unos cuantos expositores con chándales y raquetas de tenis y aprovechó para coger una gorra de béisbol y ponérsela inmediatamente.

—Debería ponerse usted unas rodilleras y un casco —le aconsejó el dependiente.

—Métemelo todo en una bolsa —le contestó papá—. Tengo dinero suficiente.

—Si no le importa echar un vistazo —le sugirió el dependiente carraspeando—, ¿qué casco desea usted?

Papá escogió un casco muy llamativo con rayas amarillas y negras y unas rodilleras y unos protectores para las manos estupendos, y luego patinó por toda la tienda y aprovechó para comprar también un balón de fútbol, uno de baloncesto, dos bastones de *hockey* y una raqueta de tenis. Luego se acercó a las bicicletas de montaña.

Pensó que mamá de verdad se merecía una bicicleta de montaña. Seguro que le haría una

ilusión enorme. Así podría bajar a la compra en bici y con el bebé a cuestas.

—Me llevo también esta bici de montaña roja —dijo papá.

—Ha escogido usted un ejemplar especialmente atractivo —le dijo el dependiente, satisfecho—. Tiene veintiocho marchas y llantas de aluminio.

—Lo principal es que no tenga portabultos —opinó papá—. Los portabultos son una horrerada.

—Por supuesto —asintió el vendedor—. Ahora ya no se llevan.

Luego le hizo una seña a otros dos dependientes y entre los tres llevaron la bici hasta la caja.

—¿Desea usted algo más? —preguntó el vendedor respirando hondo, aunque no estaba muy claro si debido al esfuerzo o a la excitación.

—Pues no sé —contestó papá, que empezaba a sentir calor.

Lo que quería era irse de una vez con sus patines en línea hasta la gasolinera y enseñarles a los mayores cómo había que deslizarse por una valla. Papá se sentía genial con su casco y sus rodilleras. ¡Supermegaguay!

—En total son dos mil trescientos sesenta y cuatro marcos con ochenta —dijo el dependiente con voz amable—. ¿Cómo desea pagar?

Papá se encogió de hombros. No había oído en su vida un número tan grande.

—¿Con cheque o tarjeta? —preguntó el vendedor.

—Con tarjeta —contestó papá.

¡Pues claro! Era bien sencillo. Había que enseñarle la tarjeta al vendedor, que a su vez la miraba un poco, y después bastaba con escribir el nombre en un papelito y ya se podía ir uno. Papá sacó la cartera y le enseñó al vendedor las tarjetas que había en su interior.

—Aceptamos ésta —le dijo el vendedor señalando una tarjeta gris.

Papá se la dio.

—¿Podemos ayudarle a transportar la bicicleta? —quiso saber el vendedor.

—Sí, podéis hacerlo —contestó papá—. Yo tengo mucha fuerza, pero no tanta como para cargar con todo esto.

Los tres vendedores llevaron la bicicleta y las demás cosas hasta el coche, que esperaba en el aparcamiento, algo torcido y entorpeciendo el tráfico.

—Vamos a sujetar la bicicleta sobre el techo —dijo uno de ellos.

Trajeron una baca y colocaron la bici encima. A papá le pareció que aquello quedaba genial. Las demás cosas las metieron en el maletero, donde estaban todos los aviones de papel que había he-

cho papá con los fax y las bolsas de regalo y de gominolas. Los vendedores se quedaron mirando el interior del maletero medio hipnotizados. Papá aprovechó mientras tanto para dar una última vuelta por el aparcamiento, pero no le fue demasiado bien con sus nuevos patines en línea: cuando intentó saltar por el bordillo, perdió el equilibrio y aterrizó sobre su trasero.

Eso sí que dolía. ¡La verdad es que no había pensado en ponerse unas culeras!

—¡Me he hecho daño! —gritó enfadado mientras le caían las lágrimas.

Los dependientes acudieron corriendo a ayudarle, pero papá chilló:

—¡Quiero una tiritá!

Los dependientes fueron de inmediato a buscarla, pero cuando volvieron con ella, a papá ya se le había pasado el dolor. Además, no quería bajarse los pantalones por miedo a que le visen los calzoncillos de flores.

Se quitó los patines.

—Podéis quedaros con ellos.

—Pero ya los ha pagado —insistió el vendedor—. Yo en su lugar, no me rendiría tan rápido. Practicando se aprende.

—Bueno, pues si insistes, me los llevo —refunfuñó papá.

Luego se subió al coche sin zapatos, aunque con el casco y las rodilleras puestas, y se marchó de allí.

CUANDO mamá, Fridolin y el bebé regresaron a casa, papá quiso ponerse a cocinar el pescado, pero a mamá se le ocurrió una idea mucho mejor.

—Yo creo que deberías tocar la flauta —opinó.

—Pero si iba a preparar el pescado —contestó Fridolin—. Ya empezamos otra vez con las órdenes.

—El pescado puede esperar —insistió mamá—, pero la flauta no.

—El pescado empieza a apestar —replicó Fridolin—, pero la flauta no.

—Lo que apesta es esa manía que tienes hoy de llevarme la contraria en todo —dijo mamá con tono severo.

Y como Fridolin conocía a mamá desde hacía mucho tiempo, sabía que no servía de nada oponerse a sus ideas. Así que cogió su mochila, que seguía oliendo un poco a paté podrido, y sacó la flauta.

—Yo estaré arriba con el bebé, y mientras tanto puedes ensayar.

—Nada me haría más feliz —murmuró Fridolin, dolido.

Luego se sentó en el suelo de la cocina y se llevó la flauta a la boca. Sabía a rabia y a saliva y tenía la boquilla mordisqueada. Los agujeros estaban bastante pegajosos y Fridolin no tenía ningunas ganas de tocar. Pero mamá era implacable.

—¡He dicho que toques la flauta —gritó desde arriba—, no que des pitidos!

—Pero yo preferiría dar pitidos —murmuró Fridolin.

Media hora después, mamá volvió a bajar. Había acostado al bebé. Le pareció extraño que Fridolin siguiese ensayando todo el rato la misma canción.

—Ya puedes parar —le dijo mamá.

—Pues ahora voy a ensayar hasta que me salga bien —contestó Fridolin.

Cuando Fridolin volvió a soplar por la flauta, empezó a salir humo por el otro extremo del instrumento.

—¡Fridolin! —gritó mamá—. ¡Que se quemara la flauta!

—Tranquila, mujer —dijo Fridolin—. Es que he estado fumando un poco.

Mamá miró el cenicero que había junto a la escobilla de la flauta y la partitura.

—¿Que has hecho qué?

—Cada vez que me concentro, tengo que fumar un pitillo —explicó Fridolin—. Ya sé que es una costumbre muy torra.

—¡Para inmediatamente con esa estupidez! —gritó mamá enfadada—. ¡Acabas de cumplir ocho años!

—Sí, tengo intención de dejarlo —la tranquilizó Fridolin—. No te enfades conmigo, cariño.

Fridolin siguió ensayando.

—Ahora puedes preparar el pescado —dijo mamá, agotada.

—Prepáralo tú —le pidió Fridolin—. Tengo que seguir con esto: ahora ya es una cuestión de orgullo.

—¿Te apetece seguir ensayando en tu habitación? —propuso mamá, mientras retiraba el cenicero y el tabaco de la mesa por si acaso.

—No. Tengo que quedarme aquí para supervisar la preparación de las truchas. Salvia, limón y un pellizquito de sal.

Mamá se dio por vencida.

Los mayores seguían holgazaneando por la gasolinera. Papá había llegado justo en el momento oportuno. Aparcó el coche de tal modo que todos lo vieran.

Se bajó muy despacito. Sabía que tenía un aspecto de lo más alucinante con su casco amarillo y sus rodilleras. Los mayores dejaron de patinar por la valla y se quedaron mirándolo. Papá estaba encantado con su entrada en escena. Dio la vuelta al coche en caletines, cogió el cubo con el agua para los parabrisas y empezó a limpiar los cristales. Sabía perfectamente que todos le estaban observando. Quitó la tapa del depósito y echó gasolina súper sin plomo. ¡Estaba chupado y era superdivertido! ¡Sobre todo, porque los mayores estaban mirando! Papá dudó un momento si hacer un cambio de aceite, pero decidió no hacerlo por miedo a meter la pata.

—¡Yo también tengo patines en línea! —les gritó a los chicos—. ¡Del cuarenta y cinco!

—Ese viejo está como una regadera —concluyó uno de los mayores.

Las chicas, que solían sentarse en el respaldo del banco a masticar chicle, se fueron acercando.

—El abuelo ese se enrolla un montón —dijo una que llevaba una caniseta ajustadísima.

Papá miró a su alrededor. ¿Dónde estaba el abuelo ese que se enrollaba tanto? Si no había ningún abuelo a la vista.

Papá decidió enseñarles todas sus compras. Abrió el maletero, y allí estaban los balones y las raquetas de tenis y la gorra de baloncesto. Papá juguetó un poco con el balón de fútbol y luego pegó un par de saltos con el balón de baloncesto. Cuando finalmente le dio al cristal de la gasolinera, salió el encargado.

—¿Qué está haciendo usted?

—Me estoy entrenando —dijo papá haciéndose el importante.

—Me parece bien, pero no a costa de mi cristal —gritó el encargado—. ¡Además, aún no ha pagado usted la factura de la gasolinera!

—Ahora no puedo —contestó papá—. Estoy entrenando.

Y luego siguió saltando por la gasolinera, dio un par de giros geniales y, sin dejar de botar el balón, apuntó a la papelera concentrándose al máximo. Tras asegurarse de que todos lo estaban mirando, ¡zas!, fue y encestró el balón. La pape-

lera se cayó al suelo y salió rodando por la gaserolera.

—¡Canasta! —comentó impresionado el chaval de las espinillas.

Papá estaba encantado con su hazaña.

—¿Queréis ver lo que tengo en el maltero?

—Le preguntó papá a los chicos mayores, que lo observaban escépticos desde el aparcamiento.

Los chavales se fueron acercando con cara de desconfianza para echarle un vistazo al maltero de papá. Allí estaban todas las cosas que había comprado, también las gomíolas y los paquetes de regaliz —que, a estas alturas, a Fridolin le habían causado cierto empacho—, y los fax que había convertido en aviones de papel.

—Podéis quedaros con todo esto —dijo papá mientras hacía volar un par de aviones.

—Ten cuidado. Ese tío se trae algo malo entre manos —avisó uno de los chavales a su compañero—. Seguro que le gusta tu chica.

Papá se quedó sorprendido.

—¿Qué os pasa, pandilla de vagos?

—No, nada —contestó el de las espinillas—.

Sólo estábamos mirando.

Papá se sentó en el suelo para ponerse los pantalones.

Luego se dirigió con estilo algo patoso hacia la tabla que los chicos habían apoyado en la valla. ¡De pronto, la valla ya no parecía tan alta!

—Vosotros fijaos bien —dijo papá, decidido—. Ya veréis cómo aún podéis aprender algo.

¡Yo soy el mejor patinador en línea del mundo!

—Bueno, pues dése prisa —le dijo uno de los mayores. Todos lo miraban.

Todos, incluido el encargado de la gasolinera, que seguía con la factura en la mano. Y también las chicas. Sobre todo, la de la camiseta ajustada.

—Bueno, vale —dijo papá—. Pero la responsabilidad es vuestra.

Se dio la vuelta, cogió carrerilla, se subió a la tabla con un salto impresionante y salió volando por los aires, aunque desgraciadamente no aterrizó en la valla, sino en los arbustos. Se quedó sentado en el suelo. Se sentía fatal porque sabía que todos se iban a reír de él.

Pero nadie se rió. Todos lo miraban con admiración. ¡Era el salto más grande y genial que jamás se había atrevido a dar un adulto con traje y corbata!

Papá estuvo a punto de echar a llorar debido al susto, pero la verdad es que no se había hecho daño; sólo tenía un rasguño en la mejilla y otro en la nariz. Al fin, salió gateando de los arbustos.

—¡Genial! —dijo uno de los chavales—. Este viejo tiene agallas.

Y luego empezaron a hablar todos a la vez.

Papá estaba loco de contento. Se sentía tan feliz que se le hizo un rudo en la garganta.

Los mayores no paraban de hablar, le daban palmaditas en la espalda y le sacudían las hojas y las ramas del traje, y la chica de la camiseta ajustada le dio su bote de *coca-cola* y le dijo:

—Antes de nada, tómese un trago para que se le pase el susto.

Y luego se acercó el encargado y le amenazó con cargarle en la cuenta lo de los arbustos, pero a papá eso le daba igual porque jamás se había sentido tan contento. Ya tenía ganas de llegar a casa para contárselo todo a mamá.

**M**AMÁ y Frídollin ya estaban esperando a papá para cenar.

Frídollin puso la mesa y la decoró con velas, flores y servilletas. Mamá escogió un vestido elegante para la ocasión, porque de pronto le entraron ganas de celebrar algo.

—¡Hola! —gritó papá—. ¿Hay patatas fritas para cenar?

—No, cariño. Nuestro Frídollin se ha decidido hoy por el pescado —contestó mamá mientras se preguntaba por qué papá tenía un aspecto tan sucio y andrajoso y a qué se podían deber los rasguños de la nariz, el chichón de la frente, el barro de las rodillas y las manchas de *coca-cola* en la camisa.

—¡Pescado otra vez! —protestó papá, decepcionado—. ¿No podríamos cenar POR UNA VEZ algo decente?

—¡Mira qué pinta tienes! —gritó mamá fuera de sí—. ¿Qué ha pasado?

—Que hay pescado para cenar, eso es lo que ha pasado —contestó papá, enfadado.

Fridolin, que acababa de descorchar la botella de vino y ya había probado un sorbito, entró en el comedor y se plantó delante de papá.

—¿Qué maneras son esas de dirigirte a mamá, eh? ¡Antes de nada, se dice «buenas noches», ¡jovencito!

—Buenas noches —murmuró papá, arrepentido.

—¿Por qué llevas la corbata rota? —preguntó Fridolin con voz severa.

—Me he caído dentro de unos arbustos —explicó papá—. Pero todos me han aplaudido y no me he hecho daño.

—¡Ajá! —dijo Fridolin—. Anda, ve a lavarte las manos.

—Te he traído un regalo genial, mamá —dijo papá, entusiasmado—. Venid a echar un vistazo.

Y entonces salieron mamá, papá y Fridolin a la calle, y allí estaba el coche de papá con la bicicleta de montaña en el techo. Mamá miró sorprendida a papá.

—¿Te la has comprado?

—¡La he comprado para tí, mamá! —dijo papá riendo.

Estaba tan contento que no paraba de dar saltos en las escaleras.

—¡Te la he comprado porque eres la mamá

más buena y que mejor te enrollas del mundo entero!

Papá bajó la bicicleta del coche y la colocó delante de mamá para que se subiese a ella y diese de inmediato unas vueltas.

Mamá, que estaba un poco sorprendida, se rió y se hizo de rogar porque se acababa de poner aquel vestido tan elegante, pero Fridolin dijo:

—Anda, no ves que a papá le hace ilusión.

Y entonces mamá se montó en la bici con sus zapatos de tacón y empezó a reír y a chillar porque se tambaleaba. Fridolin le pidió a papá que le diese el casco —aún lo llevaba puesto— y se lo entregó a mamá, y mamá dio una vuelta a la manzana y perdió un zapato por el camino.

**P**OR fin estaban los tres sentados a la mesa. Papá, que acababa de tomar un baño, ya se había puesto el pijama y bebía *cora-cola* con una pajita, mientras que Fridolin repartía el vino y aprovechaba también para servirse una copita.

—Fridolin! —le riñó mamá—. ¡Ese vino es para papá! Tú puedes tomar zumo de manzana.

—¡Qué aaasco! —dijo papá—. A mí no me des ese vino asqueroso que me da vómitos.

—**PERO BIENNO!** —dijo mamá, escandalizada—. ¡Cómo dices eso delante del niño!

—Pero si es verdad —insistió papá—. El alcohol sólo es bueno para los cerdos.

—¡Ya está bien! —le riñó Fridolin—. Primero le regalas a mamá una bicicleta y ahora utilizas ese vocabulario.

Fridolin le sirvió a papá un poco de pescado.

—¡Si no quieres irte a la cama ahora mismo, será mejor que te comportes!

—¡Qué aaasco! —repitió papá—. Esto huele que apesta. Sácamelo del plato.

—Al menos podrías probarlo —dijo Fridolin.  
—¡Jamás en la vida! —contestó papá—. Vosotros coméis ese pescado appestoso si queréis, pero a mí, o me dáis patatas fritas, o no quiero nada.

—Pues te quedas sin cena —decidió Fridolin—. Y ahora se acabó, amiguito. ¿Me has entendido?

Mamá se quedó sorprendida.

—Anda, Fridolin, cuéntale a papá lo bien que has tocado hoy la flauta —dijo para conciliar los ánimos.

—Esa estúpida flauta no me interesa —dijo papá, enfadado.

—Ya sé tocar una canción sin equivocarme —comentó Fridolin.

—¿Y qué? Ya sabemos que siempre se te da todo mejor que a mí.

—Dime, cariño: ¿qué te apetece cenar? —preguntó mamá con una voz muy dulce.

Mamá sentía pena por papá. La verdad es que hoy no era su día, ¡pobrecito!

—Ya te dije que quería patatas fritas —refunfuñó papá.

Mamá se levantó para poner unas cuantas patatas en la sartén.

—Nunca eres consecuente con lo que dices —le reprochó Fridolin a mamá—. Si no comes lo que hay en la mesa, será porque no tiene hambre.

Papá empezó a lloriquear.

—¡Me tenéis muerto de hambre! ¡Nadie me quiere!

Pero tanto mamá como Fridolin aseguraron que lo querían mucho.

Poco después, papá se estaba zampando todo contento un plato de patatas fritas y una salchicha, mientras se limpiaba las lágrimas y los mocos con la manga de la bata.

—Yo también os quiero mucho —les aseguró con la boca llena—. Pero ¡NO pienso ir a la cama!

Sin embargo, Fridolin y mamá pensaban que lo mejor era que papá se acostara cuanto antes.

—SÓLO si mamá me cuenta un cuento —dijo papá.

Mamá se levantó, cogió a papá de la mano y subió con él por las escaleras.

—Pero no me obligues a cepillarme los dientes —pidió papá.

—Pues, entonces, no te cuento ningún cuento —replicó mamá.

Papá levantó la tapa del váter para hacer pipí y mamá le puso dentífrico de pirufos en el cepillo de dientes y comprobó si tenía las orejas limpias y luego cogió un poco de aquella asquerosa y apesosa crema *Nivea* y le embadurnó la cara con ella.

—Siempre tengo que hacer lo que tú quieres —protestó papá.

Fridolin también entró en el cuarto de baño.

—¡Ha sido un día genial! —comentó.

Luego, mamá y Fridolin acostaron a papá y papá encontró su conejito de trapo y se limpió con él la crema pegajosa de la cara y luego se rapó con la manta.

—Y ahora, el cuento —exigió papá—. Pero que no sea corto. Ni tampoco aburrido.

—De acuerdo. Uno que no sea aburrido.

—Y que sea divertido —dijo papá entre bostezos, al tiempo que estrechaba al conejito de trapo entre sus brazos.

Fridolin se levantó sigilosamente para cerrar las cortinas.

—De acuerdo —prometió mamá—. Un cuento divertido.

—Empieza a contar de una vez —dijo papá a punto de quedarse dormido.

—Vale —contestó mamá—. Vamos allá. El cuento se llama: «Papá por un día».